

GRANADA EN LA LITERATURA Y EN EL ARTE

Por ANTONIO GALLEGO Y BURIN

De «buena Patria» calificó Cervantes la tierra granadina, en cuyo término situó parte de la acción de su «Coloquio de los perros», y cuya «rondalla» conoció el ventero del «Quijote», por haber ejercitado allí la ligereza de sus manos. Pero, antes que a Cervantes, había impresionado esta ciudad a viajeros, escritores y artistas que, desde la antigüedad, le dedicaron sus elogios o buscaron y hallaron en ella inspiración.

Imán para los comentarios y dispersiones sentimentales del pueblo árabe—uno de cuyos hijos, Aben Aljati, le dedicó muchas de sus páginas más precladas—, el nombre de Granada, su historia y sus bellezas, tuvieron cobijo en las múltiples y, hasta hoy, poco conocidas relaciones de viajeros y poetas, y mil veces se la encuentra mencionada en el «Romancero», ya con tono de guerra, ya sirviendo de fondo o escenario a las más variadas historias de amor. Al conquistarla, los cristianos, su fama se extendió por el mundo, y una de las primeras voces que se alzaron, cantando esté hecho, fué la de Juan de la Encina, quien dedicó una égloga al suceso:

*¡Oh Granada noblecida
por todo el mundo nombrada,
hasta aquí fuiste cativa
y ahora ya libertada!*

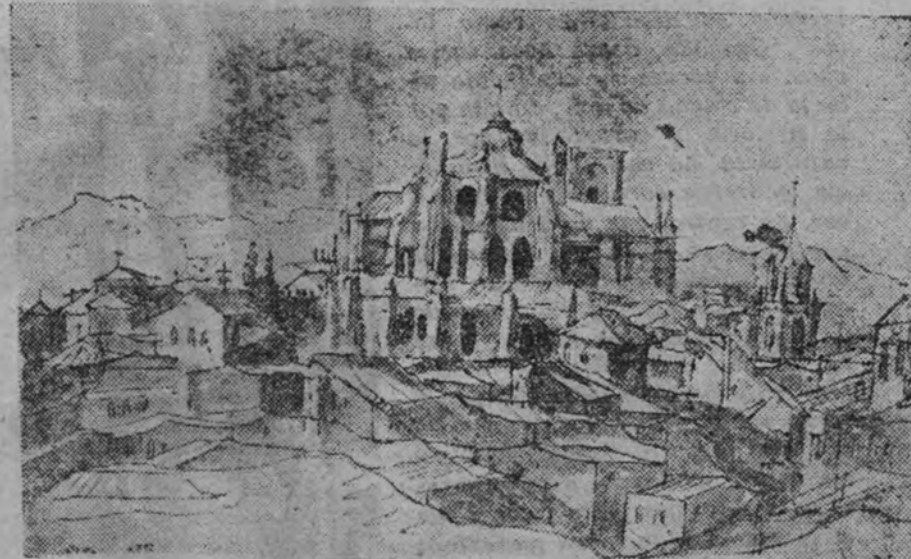
Sustituye entonces en los romances el tema morisco al canto de frontera, y Gines Pérez de Hita, con su instinto poético animador de la Historia, recoge en sus

«Guerras civiles de Granada» la más rica colección de romances de tema granadino, ya antiguos o fronterizos, ya reformados por él, de los contenidos en la «Selección», de Sepúlveda; en el «Cancionero de Amberes», en la «Silva de varios romances», en la «Rosa española», de Juan de Timoneda; en la «Flor de varios romances», de Pedro de Moncayo, o en el «Romancero general», en los cuales la vida de los últimos tiempos del reino granadino se mueve ante nosotros con toda su animación, su inquietud y sus colores...

Son también entonces para Granada los mejores comentarios de Luis del Mármol y de don Diego Hurtado de Mendoza, que a la guerra de los moriscos dedican sus dos más célebres obras, lucha a la que el cordobés Juan Rufo consagra parte de su poema «La Austriada», elogio del vencedor en ella, al que Fernando de Herrera dedicó asimismo una canción.

Constantes alusiones a Granada y sus bellezas encierran igualmente las páginas del «Carlo Famoso», de Juan de Zapata; «El diablo cojuelo», de Luis Vélez de Guevara, y el «Viaje entretenido», de Agustín de Rojas Villandrando, para quien Granada fué «fertilísima tierra» y, en su tiempo, «la mejor de España... lugar por el que se pueden olvidar todos los del mundo».

*Ciudad, a pesar del tiempo,
tan populosa y tan grande,
que de sus ruinas solas
se honraran otras ciudades.*



Abside de la Catedral de Granada. (Dibujo original de don Diego Velázquez)

como había escrito en uno de sus más famosos romances don Luis de Góngora, que halló no pocos motivos de inspiración en esta ciudad, como los encontraron San Juan de la Cruz, Soto de Rojas, Trillo Figueroa, Vicente Espinel, Gregorio Silvestre, Pedro de Espinosa y cuantos escritores y poetas integraron las famosas Academias granadinas de los siglos XVI y XVII, y, sobre todos ellos, el genio lírico y dramático de Lope de Vega.

Porque para la dramática, el nombre y la historia de Granada fueron rico venero, explotado por los autores de todos los tiempos, y al que Lope acudió frecuentemente, de tal manera que constituyen serie bien nutrida sus comedias de tema granadino («El hijo de Reulán», «El hidalgo Bencerrajes», «Santiago el Verde», «Pedro Carbonero», «La envidia de la nobleza»—quizá la mejor del grupo—, «El remedio en la desdicha», «El cerco de Santafé», «Los hechos de Garcilaso y moro Tarfe»...), tema cultivado también por Calderón de la Barca («Tuzani de la Alpujarra» y «Amar después de la muerte», con temas moriscos alpujarreños). El hecho de la conquista y los episodios de la lucha que la precedió y la sucedió fueron, asimismo, asunto de multitud de obras hasta nuestros días, como «La conquista de Granada», de Antonio Fajardo Acevedo, y la del mismo título de Simón Layusa; «Hernán Pérez del Pulgar», de Francisco Martínez de la Rosa; «El sitio de Granada», de Bulwer Lytton; el romance sobre este hecho de Leandro Fernández de Moratín, y obras musicales, como «L'Exile de Granata», de Meyerbeer; «Isabel la Católica y la conquista de Granada», de Arrieta; la ópera de Farinelli «La toma de Granada o el suspiro del moro», de Chapí, aparte cien y cien más que sería fatigoso enumerar.

Asuntos o personajes granadinos inspiraron también a nuestros autores y a los extranjeros: la figura de San Francisco de Borja, sirvió de tema a las obras de este título de Diego de Calleja y de Melchor Fernández de León, como la de San Juan de Dios lo fué para la de Fajardo Acevedo «San Juan limosnero, gran padre de los pobres», y los mártires de Guadix y los del Japón para las de Montalván y Mira de Amezcuza, respectivamente, entre otras muchas.

Para el romanticismo, Granada constituyó uno de los más intensos puntos de atracción, si bien sus interpretaciones deforman a veces su fisonomía o la de su historia, con rasgos de falso y adobado orientalismo («Zoráyda», de Nicasio Álvarez de Cienfuegos; «Aben Humeya» y «Morayma», de Martínez de la Rosa; «Alhambra», del Duque de Rivas, etc.). Victor Hugo, Alejandro Dumas, Chateaubriand, Teófilo Gautier, le dedicaron buen número de sus páginas más entusiastas, y no hay pintor ni dibujante de

aquel tiempo que no llegue a Granada deseoso de reproducirla o interpretarla (David Roberts, Girault de Frangey, Lewis, Vivian, Doré, etc.). Y es también por entonces cuando comienza a formarse el gran Corpus legendario granadino, que inauguran los «Cuentos de la Alhambra», de Washington Irving, y que tiene amplio desarrollo en las novelas y las «Leyendas», de Fernández y González, prelujiendo esta etapa el desbordamiento lírico de Zorrilla y de sus continuadores e imitadores.

Por último—y sin citar las impresiones de viajeros y eruditos, que pueden contarse por centenares—Granada ha inspirado en nuestra época páginas y comentarios señalados a escritores y poetas, como Pedro A. de Alarcón, Emilia Pardo Bazán, Maurice Barrés, Bernard Shaw, Angel Ganivet, Juan Valera, José Ortega y Gasset, Eugenio D'Ors, Rubén Darío, Gregorio Martínez Sierra, Manuel Machado, Federico García Lorca, etc., etc., y en ella han encontrado su inspiración para muchas de sus composiciones musicales como Albéniz, Bretón, Debussy, Turina y el gran Manuel de Falla, gaditano de nacimiento y granadino de adopción.

En cuanto a las artes plásticas, aunque Granada no cuente con un Greco que haya inmortalizado su cielo, ha sido, sin embargo, pródigamente interpretada por escultores, pintores y dibujantes. Aparte las representaciones de ella de la Sala de Batallas de El Escorial, de Rodrigo Duque en la Catedral de Toledo, de Jorge Hoefnagel, etcétera, Felipe de Vigarny talló en el retablo de la Capilla Real granadina el suceso de la entrega de la ciudad y el del bautismo de los moros; Velázquez recogió en uno de sus más interesantes dibujos los perfiles de su Catedral; Pedro Atanasio Bocanegra pintó una bellísima alegoría del río Darro, existente hoy en el Museo de Córdoba; Juan de Sevilla hizo historia en su cuadro «La despedida de Boabdil», de la misma Real Capilla; Pérez Villamil y otros dibujantes de su época, como los antes citados Roberts, Frangey, Lewis o Doré, especialmente, lograron aquí muchos de sus más atractivos dibujos; Fortuny recogió la impresión, difícilmente fácil, pintoresca y luminosa, de muchos de sus rincones; Guzmán y Gómez Moreno la de su historia y sus costumbres; Pradilla se inspiró en el hecho de su rendición para uno de sus más célebres lienzos; Santiago Rusiñol recogió en los suyos el aliento romántico de sus jardines, y Darío de Regoyos, Tomás Martín, Sorolla, Muñoz Degrain y otros muchos más, reflejaron su ambiente y su paisaje, como López Mezquita y José M. Rodríguez Acosta, Gabriel Morcillo, Soria Aedo y Ramón Carazo algunos de sus tipos y sus escencias espirituales más características.

(De la «Guía Artística de Granada». Granada 1933.)



SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA

ANO II

MADRID, 24 DE JUNIO DE 1943

NUM. 77



GRANADA

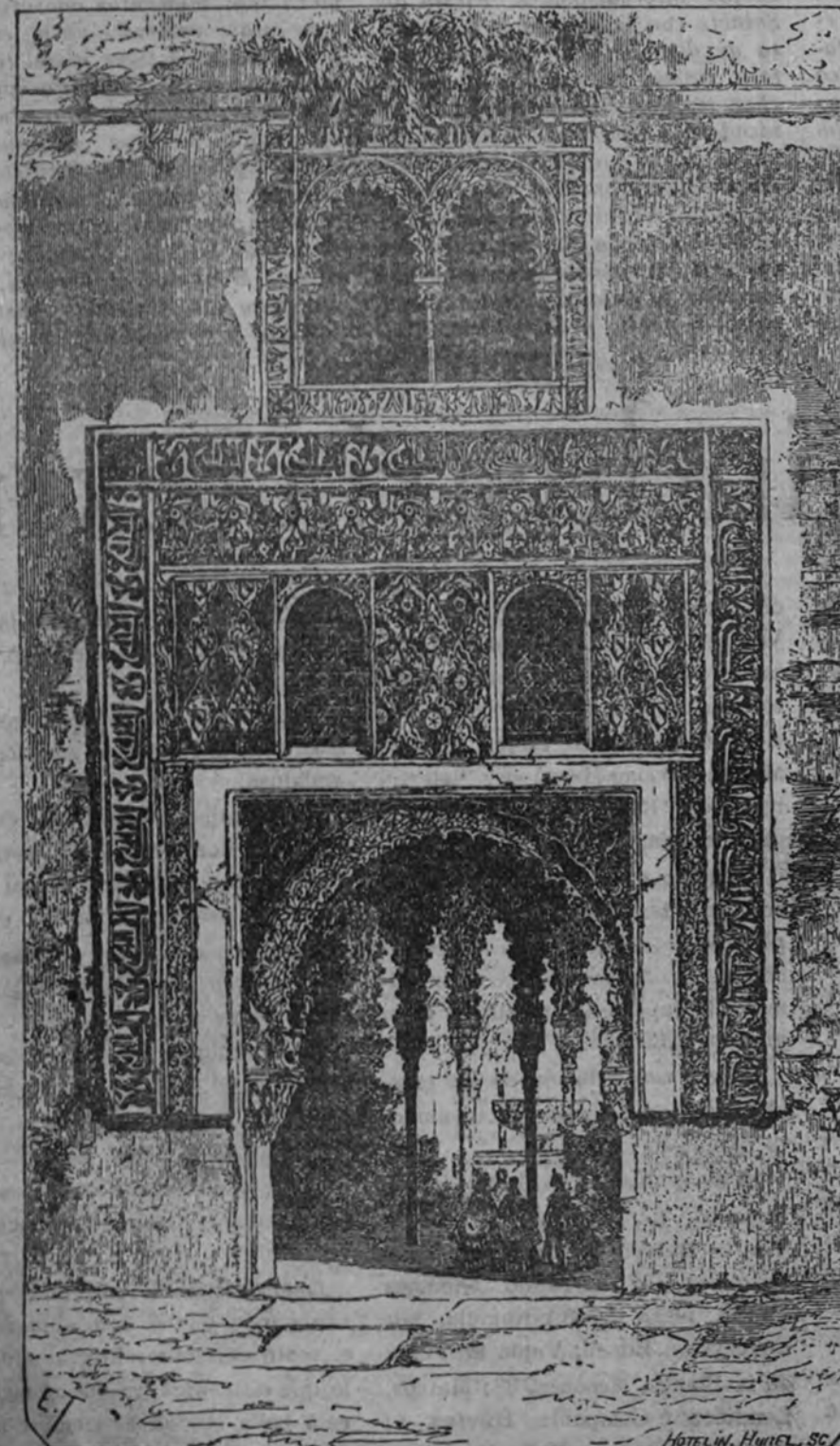


SUMARIO:

Granada, una de las primeras provincias de España por su riqueza agrícola y Granada por el tabaco nacional. Página 2.
Viajeros románticos en Granada, por Melchor Fernández Almagro. Pág. 3.
Granada y Ganivet, por Primitivo de la Quintana (ilustración de Tauler). Página 4.
Granada es Granada, por Juan Aparicio. Página 5.

La Casa de Chapiz, por Emilio García Gómez. Pág. 6.
Memorable naufragio de un erudito en Granada, por Luis Ponce de León. Pág. 7.
Las grandes reformas en Granada (Reportaje de la actividad municipal). Páginas 8 y 9.

Labor de Auxilio Social en Granada, por el P. Enrique Vázquez.
Granada es Occidente, por Antonio Gallego Morell. Pág. 11.
Diputación Provincial de Granada, por Antonio Robles. Pág. 12.
Granada y Santafé, cuna del Imperio Español, por C. G. Ortiz de Villajos. Página 13.
Labor de la S. F. de Granada y La industria azucarera. Pág. 14.
Las Fiestas del Corpus, y Granada y su industria textil. Página 15.
Granada en la Literatura y en el Arte, por Antonio Gallego Burin. Pág. 16.



Una puerta de la Alhambra

Granada, una de las primeras provincias de España por su riqueza agrícola

A pesar de haber sido frente de guerra durante la Cruzada de Liberación, gracias al esfuerzo continuo de sus labradores, Granada ha logrado alcanzar uno de los primeros escalones de las provincias de España en cuanto a su producción agrícola. Es una de las provincias que más fielmente han cumplido la consigna de nuestro Caudillo de producir más y mejor. Las siguientes cifras dejan bien patente lo expuesto anteriormente.

En la actualidad existen unas 141.635 hectáreas de plantas industriales, que suponen un valor de 145.584.253 pesetas, siendo las más importantes: tabaco, 41.340.000 pesetas; fibra de lino, 38.400.000 pesetas; idem semilla, 18.000.000 de pesetas; fibra de cáñamo, 15.600.000 pesetas; remolacha azucarera, 10.200.000 pesetas; caña de azúcar, 9.000.000 de pesetas, etc.

De plantas hortícolas existen unas 8.414 hectáreas, con un valor de 101.910.375 pesetas, siendo las más importantes: patatas, 52.000.000 de pesetas; boniatos, 10.508.800 pesetas; judías verdes, 1.234.100 pesetas; tomates, 4.943.750 pesetas, etc., etc.

De árboles y arbustos frutales existen unas 14.908 hectáreas, con un valor de 22.333.760 pesetas, siendo los más importantes: almendros, 8.572.500 pesetas; naranjos, 2.286.900 pesetas; castaños, 2.528.475 pesetas; existiendo los productos típicos de nuestra zona de la costa, tales como chirimoyos, 184.800 pesetas; plátanos, 74.400 pesetas; chumberas, 1.737.900 pesetas.

De praderas artificiales y forrajes tenemos una superficie de 3.310 hectáreas, con un valor de 17.868.600 pesetas.

Como se puede observar por los datos expuestos anteriormente, solamente la riqueza de esta provincia en lo que se refiere a plantas industriales, hortícolas, árboles y arbustos frutales, y praderas artificiales y forrajes, existe una superficie de 168.267 hectáreas, con una valoración de 287.696.988 pesetas.

También es digno de tenerse en cuenta las importantes plantaciones de chopos, en una extensión aproximada de 1.000 hectáreas, con un valor de 75.000.000 de pesetas en cada ciclo rotativo cada diez años, siendo, por lo tanto, un cultivo más de esta vega granadina.

Asimismo debe tenerse en cuenta la atención que por parte del Estado se presta a esta provincia, ya que en el actual año agrícola 1942-43 han sido asignados a esta provincia los siguientes cupos de semillas y abonos:

Patata de semilla alemana, de origen, 260 vagones; idem, idem, procedente de la zona Norte, 130; abonos nitrogenados, tanto de producción nacional como de importación, 5.604 toneladas.

F. L. P.



Una parcela de cáñamo

Habiendo sido distribuidos los citados cupos por la Cruzada de Liberación, gracias al esfuerzo continuo de sus labradores, Granada ha logrado alcanzar uno de los primeros escalones de las provincias de España en cuanto a su producción agrícola. Es una de las provincias que más fielmente han cumplido la consigna de nuestro Caudillo de producir más y mejor. Las siguientes cifras dejan bien patente lo expuesto anteriormente.

En este sentido y con estas aspiraciones se ha constituido la Cooperativa Agrícola y Ganadera denominada «San Isidro», acogida por el elemento labrador de toda la provincia con gran entusiasmo, ya que compenetrados con los fines que la misma ha de cumplir, tales como la adquisición en común de aperos, maquinaria agrícola, semillas, etcétera, etc., ven en ella un organismo competente y capaz de resolver muchos de los problemas que en la actualidad tienen planteados; todo ello dentro del encuadramiento preceptivo en la Hermandad de Labradores y sujeta a la Obra Sindical de Cooperación estatuida por nuestra Organización.

Al igual que la anterior, encuadrada dentro del Partido, tenemos la Cooperativa de rastrillado e hilado de cáñamo y lino denominada «San Cecilio», que si bien fué constituida con anterioridad a la promulgación de la ya citada ley de Cooperación por unanimidad de sus componentes, fueron adaptados sus Estatutos a esta ley, continuando con ello el cumplimiento de los fines para los que fué creada, esto es: el agramado, rastrillado e hilado, tanto de cáñamo como de lino, teniendo en la actualidad a la venta toda clase de fibras rastrilladas, desde las canales y clarillos hasta las levadas. Igualmente dispone de fibra de cáñamo industrializada, en cuerdas, trallas y malletas para las distintas aplicaciones de pesca, transportes y usos agrícolas.

Tanto una como otra aspiran a que en el cumplimiento de sus fines, que no son ni más ni menos que los establecidos en la ley a que antes se hace referencia, no se pongan trabas ni inconvenientes en su cometido y que se resuelvan los problemas que hay pendientes en la actualidad en esta vega, tales como la exportación y precio de la patata, el de la remolacha y el recientemente fijado al cáñamo, que ha hecho que se paralice por completo el mercado de esta fibra, quedando un gran «stock» en poder de gran número de labradores que contaban con el importe de su producto para las labores de recolección.



GRANADA, POR EL TABACO NACIONAL

No han sido precisos muchos años para que Granada, cuna de la acimatación de varios cultivos importantes gracias al sistema de regadío que hace siglos implantaron los árabes, viniese una vez más a auxiliar, con el meritorio esfuerzo de sus agricultores, la riqueza agraria de la Patria, adoptando con el mayor entusiasmo una nueva planta que ha de enriquecer su economía, y, sobre todo, que ha de realizar la importantísima labor de producir en nuestro suelo lo que tantas divisas y, por consiguiente, tantos esfuerzos costaba a los españoles comprar en los mercados extranjeros.

Sólo del año 1923 datan los primeros ensayos del tabaco en la vega granadina. Muy pocos, como adelantados de la nueva conquista, se decidieron por emprender el cultivo de la nueva solanácea desconocida, bajo el punto de vista agrícola, hasta aquel momento. Hoy podemos afirmar con orgullo que Granada cuenta con 5.460 agricultores concesionarios de tabaco y que contribuyen a obtener una cosecha que para la campaña que acaba de comenzar se cifra en más de cuatro millones de kilos. No será posible en el futuro dejar de consignar, al hacer la referencia a Granada, que el tabaco es una de sus peculiares características. Tal es la importancia que ha adquirido para la vega, y que puede apreciarse fácilmente recorriéndola desde primeros de julio en adelante y extendiendo la vista por las espléndidas plantaciones que, vegetando al pie de Sierra Nevada, le dan un aspecto colonial que hace de su conjunto uno de los más bellos paisajes de España en el otoño.

Los cultivadores granadinos, entusiasmados con los inestimables beneficios que el tabaco les dejó en momentos de crisis para otras plantas, no han vacilado nunca en prestarle a ésta toda la ayuda material y moral que requiera. Así se da el caso de que con su esfuerzo y a su costa se adquirió una moderna máquina de acondicionamiento del tabaco, que, colocándolo en condiciones adecuadas de humedad y temperatura, sustituye la fermentación clásica en pilones por un ajeamiento de las barricas que presta a las hojas ese aroma tan apreciado por todos los fumadores.

A Granada corresponde también la primacía en la realización de los ensayos de

tabaco rubio que, resueltos totalmente en plan de experiencia en la Estación de Estudios de Tabaco de Santiponce (Sevilla), han sido secundados por los agricultores granadinos, construyendo a su costa los secaderos especiales con calefacción para este tipo de tabaco, y emprendiendo sin vacilar los derroteros de esta novísima producción, que tanto ha de aumentar el beneficio de los concesionarios y satisfacer la conveniencia de los intereses nacionales.

Con ello, por consiguiente, se da un gran paso en el campo granadino para el cultivo de las variedades de tabacos claros curados artificialmente, de tipo Bright o amarillos, llamados vulgarmente Virginia, y que son los principales componentes del llamado tabaco rubio, que tanta aceptación tiene modernamente en el mercado.

Como el gran instrumento para ampliar el cultivo del tabaco es el secadero, o sea el local donde el tabaco se cura, es decir, donde pasa de ese color verde atractivo que adquiere en la época de la madurez, al marrón característico que lo señala como producto industrial apto para la utilización en las labores. Granada ha destacado en la inversión de cuantiosas sumas privadas en la construcción de estos edificios, que constituyen hoy ya también vistosos grupos en los distintos pueblos, y hasta en alguno de ellos forman barrios tabaqueros de indudable tipismo agrícola granadino.

Recientemente, el Ministerio de Agricultura, que sólo plácemes y elogios merece por la especialísima atención que dedica a los cultivos de plantas industriales que permiten al país el ahorro de divisas, ha dado una disposición por virtud de la cual el Estado auxilia con préstamos del 70 por 100 del valor de los secaderos, a reintegrar, sin interés, en varios años, y los agricultores granadinos han visto en esta medida una importante ayuda para la puesta en práctica de sus proyectos, disponiéndose, al efecto, a solicitar en cuantioso número los préstamos necesarios para hacer una magnífica realidad las extraordinarias posibilidades que Granada tiene para el tabaco.

Hasta hoy un pueblo que en el recuerdo de lo que los tabacos claros habrán de significar para su economía ha pedido el cambio de su actual nombre por el resuelto y alegre de Valrubio.

LAS FIESTAS DEL CORPUS

DEL 23 de junio actual al 4 de julio abarcan los festejos tradicionales que Granada, la capital andaluza de la Alhambra, celebra en cumplimiento de antiguo mandato de los Reyes Católicos que dispusieron que, en homenaje al Santísimo Sacramento, «los granadinos se divirtieran como locos». Granada, desde hace varios años, sin perder su espléndida silueta de ciudad de arte, dorada por la Historia y enriquecida por la naturaleza, ha entrado de lleno en las modernas corrientes urbanísticas. Su centro, que no armonizaba con el rango de ciudad de primer orden, porque lo constituían sórdidas callejuelas, ha sido saneado a fondo, trazándose nuevas calles en las que se construirán hermosos edificios. Al mismo tiempo se refuerza cuanto supone mérito artístico, aspecto típico, vista panorámica, cuidando amorosamente de sus barrios pintorescos y con el respeto debido a sus numerosos monumentos, joyas del pasado y lección histórica para el presente y el futuro. De Granada se quiere hacer una ciudad moderna y progresiva, pero sin olvidar, que nada supone la riqueza sin ideales; que hay que mantener aquellas características inconfundibles por las cuales su nombre suena y se difunde por el mundo. Que esto es lo que vienen a admirar los viajeros: el privilegio con que el Arte y la Historia la dotaron, sus huellas de siglos, civilizaciones y estilos, la vega espléndida y la incomparable Sierra Nevada.

En la vida local granadina constituye una fecha cumbre la del Santísimo Corpus Christi, cuyos festejos tradicionales gozan de merecida fama por la variedad y calidad de sus números y por el marco hermosísimo en que se celebran. Si Granada tiene en su vida normal encantos sobrados para deleite de propios y extraños, redoblan aquellos con la suavitud de sus fiestas. En el programa de



este año hay números de alto rango artístico, por ejemplo, los conciertos de la Orquesta Filarmónica de Madrid, dirigida por el eminente Maestro Pérez Casas, que tendrán por escenario el hermoso Palacio de Santo Domingo, en el que también se celebrarán la Exposición de Artesanía y el Festival de Danzas Clásicas, con intervención de Ana de España, así como representaciones de Autos sacramentales. Habrá también en el Centro Artístico una Exposición de obras de acuarelistas granadinos fallecidos, y en la Asociación de la Prensa, Exposición de Arte —Escuela Morcillo— con obras de este ilustre pintor y de sus discípulos. Por contraste, una gran variedad de números populares se celebran en los diversos barrios, organiza-

dos por las Juntas Municipales respectivas, y completan el programa iluminaciones fastuosas en monumentos, calles y paseos; corridas de toros con las mejores ganaderías y los «ases» de la tauromaquia; carreras de caballos, toros nacional y de pichón, concursos de tenis con exhibición de raquetas internacionales, Fiesta del Sainete con la presencia prestigiosa de don Joaquín Álvarez Quintero, típicas verbenas y otros muchos festejos. La Comisión organizadora ha laborado infatigablemente para que las solemnidades del Corpus granadino respondan a su gloriosa tradición, y que los visitantes de toda España y del resto de la provincia admiren, una vez más, la ganancia de la ciudad, plena de júbilo y de bullicio.

El Corpus en Granada no representa unos festejos más, sino algo extraordinariamente solemne, que una población, al dictado de los insignes Monarcas que forjaron la unidad Patria, honra al Santísimo Sacramento con derroche de piedad y de emoción, de alarde artístico y de buen gusto. Quien vive esos momentos conservan más grato recuerdo de la ciudad granadina, que tiene alma, tono, estilo inconfundibles. Porque ella las civilizaciones se confunden, el cielo tiene una luminosidad, desesperación de los pintores, y caserio, la vega y la montaña forman un conjunto maravilloso que hacen de la bella Granada, como decía Mohamed el Secundi, «Damasco de Alandalus, pasto a los ojos y elevación de las almas».

Granada y su industria textil

GRANADA acaba de vivir los días más luminosos de su primavera incomparable.

Granada, con los brazos abiertos y el corazón en flor, ha recibido al Caudillo de España en su viaje triunfal por Andalucía; los pueblos enteros han acudido en peregrinación a la ciudad, enguinaldada como una novia, con los azahares de su vega.

Granada es un nombre señero en la Geografía espiritual del mundo. España habla por él a las imaginaciones extrañas con la atracción de algo maravilloso, única meca de arte y de belleza, con Roma, con París, con Venecia, con Toledo. Granada alcanza un eco de eternidad.

Los granadinos, que supieron formar en las vanguardias de nuestra guerra, forman ahora en las avanzadas del trabajo, y son los primeros en aportar la generosa contribución de su esfuerzo para ganar las duras batallas de la paz. No les importa que la actual ho-

ra de España sea difícil y erizada de obstáculos. Los granadinos saben bien a lo que están obligados, y las afrontan con el ánimo espectral y esa alegría consciente y serena que hace más fecundo el trabajo humano.

Trabaja Granada de cara al porvenir.

Y no resignándose a sus actividades, que podemos llamar típicas, tradicionales, encauza sus iniciativas hacia nuevas formas de producción.

Uno de los adelantos de Granada es la industria textil; pues aunque la artesanía granadina tiene en Granada un rancio abolengo, puede decirse que es muy reciente la transformación de ese arte casi hogareño en poderosa industria.

Hoy cuenta Granada con magníficas fábricas textiles dedicadas a artículos de algodón, entre las que se destacan las siguientes: la de Francisco Garrido Jiménez, Banco

del Salón, 13; Viuda e Hijos de Ventura San Juan, avenida del Sur, número 6; Francisco Ferrer Puertollano, Aguas, 28; Sobrino de Patricio García Muro, Sierpe Alta, 1; Miguel Garrido Hernández, Solares, número 8; Ramiro Garrido Hernández, Aranda, 7.

También cuenta Granada con un comercio textil y de sastrería importantísimo, que ha logrado con el acierto de sus instalaciones, imprimir a la capital de un sello de buen gusto y distinción.

Demos una relación de los establecimientos que más poderosamente llaman la atención.

El de D. José Pérez de la Blanca, Mesones, 45; Olmedo Hnos., Gran Vía, 2; Ramón García Ruiz, Reyes Católicos, 57; Obdulio Giménez Panza, plaza de Bib-Rambla, 40; Concepción Bonell, Viuda de Pérez de la Blanca, Mesones, 98; Mateos, Lendinez y Compañía, Hileras, 4; Salvador Quesada Molina e Hijos, Reyes Católicos, 25 y 27; Moreno

Dominguez y Compañía, Gran Vía, número 5; López Carnicero Echevarría, Estribo, 7.

Todos ellos instalados en las vías más céntricas de esta gran capital andaluza.

En el ramo de Sastrería cuenta Granada con verdaderos artistas que merecen destacarse por su buen gusto y perfeccionamiento en su confección; entre las muchas que hay, recordamos la Sastrería de Sobrinos de Juan Martínez, Cerrajerías, 2; Ramón Fernández Alonso Bib-Rambla 19 y 20; Luis Castilla Carmona, Reyes Católicos, 40; Manuel y Antonio Selas, Reyes Católicos, 43; y Antonio Ruiz, conocido por Sastrería «Ruiz», Reyes Católicos, 52.

Que el camino emprendido por estos industriales sea seguido por el resto del comercio granadino es lo que deseamos, ya que el vivir en esta bella ciudad es siempre agradable y deja muchos recuerdos a todos cuantos la visitamos.



Momento de entregar una cuna a una madre necesitada

Labor de la Sección Femenina de Granada

UNA de las Organizaciones de la Falange que más contribuye con su esfuerzo al mejor logro de las aspiraciones de España es, sin duda, la Sección Femenina. Legiones de muchachas encuadradas en la austera disciplina del Partido llevan a cabo una labor fructífera y casi siempre poco conocida en favor de las clases más necesitadas.

Pocos años han bastado para que el esfuerzo de las camaradas de la Sección Femenina de Granada haya cristalizado en una realidad espléndida, de la que es buena muestra el mero examen de los ficheros de la Organización. En ellos ha quedado registrada la actividad de la Sección Femenina de la provincia, y de un modo particular la labor desarrollada por el Departamento de Divulgación. Día a día, con tenacidad ininterrompida, las Divulgadoras y Visitadoras de la Falange recorren los más apartados y humildes barrios de la capital y giran visitas a los pueblos de la provincia en solicitud de socorro a las familias necesitadas. Nadie pregunta por la filiación política de los menesterosos, y si únicamente se procura atender a sus necesidades. En los hogares humildes, en las cuevas granadinas, las camaradas de la Sección Femenina efectúan los más diversos menesteres, atienden a la higiene de los hogares, enseñan a las madres las más elementales nociones de Puericultura, efectúan las curas a los enfermos, aunando estos cuidados corporales con la enseñanza a niños y mayores de los misterios de nuestra Religión. Más de 16.019 viviendas han sido visitadas desde el comienzo del año actual, habiéndose repartido un total de 8.475 prendas de vestir, 465 canastillas para recién nacidos y 230 cunas, que hacen un total de más de 17.000 prendas.

En colaboración con el Dispensario de Puericultura del Estado, la Sección Femenina de Granada tiene a su cargo ocho Dispensarios en la provincia, en los que, aparte de la asistencia necesaria, se facilitan todos los alimentos necesarios para los niños hasta los cuatro años de edad. Desde el 1 de enero de este año se han repartido, a través de estos Dispensarios, 7.200 kilos de harina, 199 kilos de azúcar, 995 pastillas de jabón, y se han repartido medicamentos a 2.600 personas. Hay que hacer constar la eficaz ayuda prestada por los Laboratorios del señor Fernández Martín, en los que se prepara la mayor parte de la harina que se reparte.

Por deseo expreso del Jefe Provincial y Gobernador Civil de la provincia —principal apoyo, tanto material como espiritual, de cuantas empresas lleva a cabo la Sección Femenina— se ha montado un servicio de racionamiento especial y extraordinario para parturientas, habiéndose facilitado hasta la fecha 7.380 racionamientos de esta clase. Este servicio se facilita previa la presentación de las personas interesadas de un certificado de la matrona que las ha asistido, realizándose más tarde una inspección para comprobar la veracidad del mismo para, en caso contrario, imponer a los desaprensivos un ejemplar castigo. Teniendo en cuenta la diferente categoría social y económica de las personas a quienes beneficia este racionamiento especial, éste se considera de pago si la persona posee medios suficientes para atender esta necesidad, o bien, en caso contrario, se realiza el servicio con carácter gratuito. El racionamiento consiste en dos kilos de azúcar, dos de jabón y uno de chocolate, habiéndose considerado de pago únicamente 2.386 de los 7.380 racionamientos repartidos.

En cumplimiento de las consignas re-

cibidas, la Sección Femenina granadina se ha preocupado muy especialmente de desarrollar una activa campaña contra la mortalidad infantil, por medio de conferencias sobre Puericultura. A este respecto, en colaboración con el Cuerpo médico de la provincia, ha realizado un total de 24.300 vacunaciones antidiftéricas, han puesto 4.916 inyecciones a niños enfermos y han efectuado 4.094 curas.

Otro servicio que la Falange Femenina de Granada cuida con celo especial es el de la atención a los camaradas de la provincia que luchan en el frente de Rusia. La Regiduría de Prensa y Propaganda, encargada de este servicio, se cuida de transmitir y recibir los mensajes de los voluntarios granadinos de la División Azul. Cada voluntario tiene abierta una ficha, en la que se anotan cuidadosamente todos los mensajes, tanto los recibidos a través de Radio Berlín como los que se transmiten desde España; de esta manera, en todo momento se puede tener una perfecta documentación y facilitar las últimas noticias de nuestros camaradas. En total se han recibido 253 mensajes y se han transmitido 500, todos ellos a través de esta Organización de la Falange granadina.

A cargo del Departamento de Prensa y Propaganda tiene la Sección Femenina un equipo compuesto por setenta camaradas que forman el conjunto de Coros y Danzas. En el II Concurso de esta especialidad, Granada quedó clasificada en la prueba de Sector con la máxima puntuación en coros y mixtos, y en la prueba de Región ha quedado ganadora del de coros, ganándole en danzas, no sin dificultad, el conjunto de Badajoz.

En el Campeonato de Educación Física del corriente año, las camaradas componentes del equipo granadino han quedado subcampeonas de España.

Como una de las últimas y más importantes realizaciones de la Falange Femenina de Granada merece mención aparte la Escuela de Mandos, que acaba de inaugurarse. Comenzó su funcionamiento el día 4 de mayo último, y es, según personas autorizadas, una de las mejores Escuelas de este estilo instaladas en España, habiendo merecido en este sentido los más cálidos elogios por parte de la Delegada Nacional, que asistió al solemne acto de su inauguración.

El edificio tiene capacidad para cuarenta camaradas, Jefe de Escuela, Administradora y personal subalterno. Encuadrado en las afueras de la capital, consta de recibidor, saloon de lectura, clases, comedor, enfermería, siete dormitorios y demás dependencias necesarias. Todo el edificio está rodeado de un amplio jardín, y actualmente se encuentran en construcción un campo de deportes y una granja.

La Escuela funciona en régimen de internado. Las camaradas empiezan su labor a las siete de la mañana, acabando la jornada con las oraciones de la noche. Consta la preparación de Religión, Nacionalindustrialismo, Organización general y las especialidades de cada curso. Además, como complemento de su educación se enseña a las alumnas corte, economía doméstica y se les hace practicar a diario ejercicios de Educación Física.

Se ha dado en la Escuela un curso de Delegadas Locales, y el próximo día 10 de julio comenzará otro curso similar, ya que se trata de capacitar debidamente a las doscientas Delegadas Locales que existen en la provincia.

He aquí expuesta a grandes rasgos la labor que la Sección Femenina de Granada desarrolla para el mejor logro de los ideales de España y de la Falange.

V. C.

Viajeros románticos en Granada

Por M. FERNANDEZ ALMAGRO

¿CÓMO era Granada en el tiempo romántico?... Pero, ¿no es Granada una ciudad típicamente romántica, entonces y siempre?... Hasta dijérase que la expresión «romanticismo» hubo de ser inventada para calificar precisamente a esta ciudad de tan vivos contrastes, con alternativas de exaltación y desahucio, lírica hasta la angustia de su exasperada conciencia dada al ensueño, celosa y recelosa de su individualidad, más propicia a revelar su secreto en otoño que en primavera, y más amiga de la luna que del sol, a no ser que éste se avenga a morir. Porque entonces, si Granada brinda al sol que muere, entre las nubes de más suntuosa púrpura del mundo, un vasto lecho de oro, plata y piedras preciosas: paisaje de sierra, campo raso, arboledas, ríos, masa urbana que se alza en torres múltiples o se abandona al halago de rumorosos jardines, bajo luces de magia que lo transfiguran todo.

Granada, romántica y romancesca, ha sufrido incomprensibles profanaciones, hasta nuestros mismos días, en que el alcalde actual, Antonio Gallego y Burín, emprende valerosamente el rescate del alma de la ciudad. El sol la echa en cara crudas y viejas verdades de abandono, de traición a su sentido tradicional, y en lugares determinados sienta plaza de enemigo, descubriendo lo que concejales progresistas y ricos improvisados perpetraran. Pero la noche realiza milagros, embruja calles, callejones, plazas, plazuelas, cuevas, paseos, descampados, y si acrece la emoción de los mil y un paraísos de maravilla que Granada conserva, dota a los más vulgares de una atmósfera de misterio como en parte alguna del Planeta se puede respirar: atmósfera de misterio, de poesía, de extraña seducción, de desconcertantes vibraciones, de inmenso y difuso suspiro.

En 1820, en 1850, en 1870, ¿cómo no había de ser Granada una ciudad geníamente romántica?... Pero no por una simple exigencia cronológica, sino por un imperativo del propio espíritu, y también porque aun retenía muchas de las próceres piedras monumentales, en palacios e iglesias, fuentes y arcos, que luego le fueron arrebatadas por un absurdo criterio de urbanización; porque aun no se había inventado la calle estúpidamente llamada Gran Vía; porque aun estaba el río Darro descubierta, a lo largo de la ciudad, permitiendo lo que ya se ha hecho imposible: su utilización como factor de belleza y rasgo definitorio de inconfundible personalidad. «La idea de tapar un río—dijo Gánivet—no se le ha ocurrido a nadie más que a nosotros.» Pero en el pecado llevamos los granadinos la penitencia, porque una calle como otra cualquiera vino a borrar la rara estampa, un tanto a lo Gustavo Doré, que testimonian antiguos granadinos, como el gran costumbrista Matías Méndez:

«Vista de noche, la oscura y sinuosa cuenca del río causaba asombro e instintivo miedo. La presa de Santi-Espíritus detenía momentáneamente el curso de las aguas, que se despeñaban con ruidos en muriente catarata, derivando parte de su caudal por la empoyetada acequia del mismo nombre, adherida a los cimientos de las casas. La oscuridad siniestra del río servía de base a la inmensa mole de edificios, que parecían flotar, arrastrados por la corriente. Todo era allí vago y extraño, la luz interior de las casas, las ráfagas plateadas y fosforescentes del agua, el murmullo de conversaciones sostenidas a veces de ventana a ventana, la soledad de aquel paraje donde la vida parecía interrumpida, contrastando con el murmullo de columna de la otra ribera...»

¿Qué hallazgo para el romanticismo, para los románticos!... Con la hermosura, en cierto modo prevista, de la Alhambra o el Generalife, contaban todos, y nada había de sorprenderles por mucho que les cautivara. Lo inesperado, lo desconcertante, lo pintoresco por modo insólito, radicaba en éste o aquél pormenor de los inconfundibles que ofrecía a la vuelta de cada esquina la ciudad misma, no parecía a ninguna de tan característica como era. El carácter fué canonizado por el romanticismo, como una forma extravagante de la eterna belleza. Y Granada, bella en grado sumo, abundaba, además, en carácter.

El albigé, con el agua recóndita; la glorieta de ciprés y el surtidor; el pregón callejero, la gitana de la buenaven-

tura, la zambra en la cueva, el ¡ay! del «cante jondo», la réplica de la higuera africana a la nieve perpetua de la Sierra, el duende Martinico... Todo esto y más había de ser revalorado por el romanticismo: desde el poeta de inspiración más pura hasta el más puntual observador de las costumbres. La primicia, en cuanto a la difusión de los peregrinos hallazgos que Granada depara, corresponde, indudablemente, a Washington Irving. Ciertamente Chateaubriand estuvo en Granada veintitantos años antes, y que a su espléndida pluma se le debe el libro más bello que, a nuestro juicio, ha inspirado Granada: «El último abencerraje». Pero el viaje de un francés a España no ha sido nunca, en verdad, suceso extraordinario, y la función de Chateaubriand en este orden de revelaciones fué

mas y sonidos. Con las torres de la Alhambra, los cipreses del Generalife, las cuevas del Sacro-Monte, los campanarios mudéjares, el arco roto de un acueducto romano, el agua que corre en mil formas, las flores en paradisíaca profusión, conciertan sus almas doña Blanca de Vivar y Aben-Amel, figuras de romances fronterizos que corresponden, mitad y mitad, al alma contradictoria de Granada, altiva y lánguida, impetuosa y melancólica, transida de lirismo... (Por cierto que ese escenario, admirablemente visto y traspuerto por Chateaubriand, entre el Albalcín y la Alhambra, sirve probablemente de inspiración a Bernard Shaw para situar—no más que para situar—en alguna de sus escenas los temas de pensamiento y acción dramática de «Hombre y Super-hombres».)



Patio de los Arrayanes (Grabado de G. Doré).

de sentido inverso, mediante otras páginas, a la cumplida por Washington Irving, que transportó a América la emoción histórica y estética de España, de Andalucía, de Granada. Chateaubriand trajo a Europa la imagen de América, personificada en Atala, Chactas, los Natheez, sobre un fondo de selvas vírgenes y ríos imponentes. Viajero de renovadas curiosidades, Chateaubriand acabó por mezclar sus recuerdos de Grecia, Palestina o el norte de África, y puesto a describir las delicias de la valles de Granada, evoca las de Esparta como término de comparación.

Como libre interpretación literaria, la que nos da «El último abencerraje» es de insuperables aciertos, y nadie ha aventado al caballero bretón en finura de matices y en el poderoso aliento con que armoniza un escenario, unos personajes y una ficción novelesca. El valle del Darro se abre en el libro de Chateaubriand con fascinante riqueza de colores, aro-

mas y sonidos. Pero «El último abencerraje» no es —ni tenía por qué serlo— una invitación al viaje a Granada del modo como inequívocamente lo fué el gran libro de Washington Irving «Los cuentos de la Alhambra». Washington Irving era norteamericano, y no está demás recordarlo, porque se comprende mejor la estupefacción y embobamiento de un hombre procedente del Nuevo Mundo ante las hermosuras y notas diferenciales de Granada, flor y fruto de muchas civilizaciones. Washington Irving nos cuenta cómo llegó a Granada en la primavera de 1829, en compañía de un diplomático ruso: el príncipe Dolgorowsky, seguramente cuya firma aparece con la del escritor norteamericano en la hoja primera del primer Album llamado a recoger las impresiones de los visitantes, más o menos ilustres, de la Alhambra. El príncipe Dolgorowsky donó el Album mismo, y con su firma y la de Washington aparecen otras que es curioso transcribir, porque constituyen,

aunque fuese por azar, el primer equipo turístico que dejara constancia de su paso por Granada: vizcondesa de Saint Priest, conde Alexis, Nicolao de San Mazzano, Charles Fabart, François Briart, Edouard de Lussy...

Ya que hemos usado el símil del escenario de Granada, digamos que Washington Irving vivió, entre bastidores, puesto que le fué dado instalarle en el propio palacio árabe. Sabido es que la Alhambra estaba por entonces abandonada a su suerte, en trance de ruina, y que hasta la época de la Reina Gobernadora, doña María Cristina, no se emprendió reparación alguna. En tanto, andaban gitanos y maleantes, gentes varias, entre frondas, mármoles y delicadas yeserías. Había también presos—en Torres Bermejas—y una reducidísima guarnición de soldados veteranos al servicio de la fortaleza. Gracias al hospedaje que le proporciona la «tia Antonia», encargada del palacio nazari, Washington se aposenta en el corazón mismo de la Alhambra, y todos los latidos que aquella abigarrada humanidad no percibe, son para él, que no pierde en sus contemplaciones ni un reflejo del agua muerta, ni un fulgor de la luna en los azulejos. Washington contempló; pero también conversó. Tipos así no los volverá a ver en su vida. Los «chijos de la Alhambra» le cuentan tradiciones y consejos, cuando no le ofrecen—y ya es bastante—la sugestiva evidencia de su raro existir personal. Los «chijos de la Alhambra», de mucho color y extraña luz, constituyen un mundo aparte, y gracias a ellos Washington aprende historias de milos y amor, que le conducen al tiempo incierto del «Era una vez...». No necesita para nada bajar a la ciudad: Washington vive literalmente «au-dessus de la ville», expresión que empleamos pensando en la novela así titulada de un autor de nuestros días, Edmond Jaloux, cuya acción se localiza, efectivamente, en el mundo aparte y superior de la Alhambra. Hasta se podría decir, forzando un poco esta antítesis, que Granada-ciudad es la vigilia, la realidad cotidiana, y que Granada-Alhambra es el sueño, con su virtud sedante y, a la vez, con el incentivo de arbitrarias pesadillas, grandes o pequeñas, verdaderas o no. Washington escapa de las habituales experiencias, y a los que también anhelan evadirse del tiempo y del espacio, brinda sus famosos «Cuentos», que son folclore, historia y poesía.

Los demás escritores y viajeros románticos no lograron el privilegio de vivir, como Washington, en el mismísimo Albalcín. El espíritu industrial fué creando fondas, hoteles, pensiones en la Alhambra. Pero razones económicas abonaban los alojamientos en la ciudad e hicieron más accesibles, naturalmente, las casas de huéspedes o, como prefirió decir Dumas, «de pupilles». Dumas vivió en una de la calle del Sileo. Gautier, en otra de la calle de Párraga. Estos barrios de San Justo o de la Magdalena eran todavía de mucho carácter, lejos por la calma de sus calles y distinción de sus casas, al sentido aristocrático de la vida en la ciudad, de mucho más color que movimiento. Gautier visitó Granada en 1840, y ganado por su encanto, hubo de permanecer en ella varias semanas: dilatada estancia que le permitió entrar realmente en la ciudad y alternar en salones y tertulias con tertulias a la andaluza, que le inspiran lindos cuadros de género, patios de fuente o pilar y macetas, en que, sin prescindir de la romanza de Bellini, puesta en moda, se bailaba y cantaba el vito, el fandango, el bolero. Gautier le encargó al suizo Zapata un traje de «majos», según cuenta, haciendo decaer la sociedad granadina ya no usaban chaquetilla, borlada, chaleco de terciopelo, faja de seda, calzón de tricot, polaina de cuero... El color local que, evidentemente conservaba todavía Granada, sedujo a Gautier, que lo vivió todo; y que hasta hizo la excursión, ni fácil ni frecuente entonces, a la Sierra Nevada. No ya la Alhambra, el Generalife, el Albalcín, la Catedral, otros monumentos y lugares que en crónicas e impresiones no suelen merecer muy detenida atención, se manifiestan en Gautier: San Jerónimo, San

(Continúa en la página 4)

La industria azucarera granadina

Las primeras fábricas de azúcar empezaron a funcionar en España en el siglo XV. Motivó la fundación de estas instalaciones. Hoy día, estas industrias constituyen una importante pieza de la economía granadina, con evidente repercusión en la nacional.

Los problemas que este ramo de la industria tiene actualmente planteados se siguen, pues, en la región granadina con la mayor atención.

La voz autorizada del jefe nacional del Sindicato del Azúcar, camarada Ramiro Campas, desde estas mismas páginas, en el número correspondiente al día 16 de mayo, expone la cuestión en la forma siguiente:

«Nuestro país tiene la particularidad de tener la Economía azucarera-alcoholera sintonizada con la mundial. Si sobre acción en el mundo, superabundancia del producto en España, en cambio, cuando falta aquí, se carece en el mercado mundial. Este pintoresco fenómeno del azar del abastecimiento debe ser objeto de hondas meditaciones, pues no debe olvidarse que el azúcar y el alcohol se destinan exclusivamente al consumo nacional, así que influya en su producción el envío a otros países. Por tanto, difícilmente pueden explicarse los profanos en cuestiones económicas que teniendo España una Economía azucarera-alcoholera con frontera cerrada y venta segura de los productos, sólo esté abastecido el país cuando sobre en el mundo el alcohol y el azúcar.

Precios bajos de la materia prima, resistencia del agricultor a sembrar remolacha, o bien deseo del remolachero de salir fuera del radio de acción de las fábricas de azúcar, y otras muchas razones están en los labios de todos para explicar las causas del déficit de azúcar y de alcohol industrial en la actualidad. Pero siempre se dirigen las acusaciones sobre el sector agrícola, como si los remolacheros tuvieran la culpa exclusivamente de ello. Y esto no es justo.

No estando planificada la economía española, precisa urgentemente señalar a cada sector la misión que tiene que cum-

plir en la movilización económica que corresponde a un meditado plan de máxima producción nacional. Entonces podrá inscribirse al sector respectivo, exactamente, el grado de responsabilidad que adquiere.

El problema del azúcar en España está en el clásico punto muerto de la producción, como puede observarse por el resultado de la campaña de 1940-41 con 160.000 toneladas, y la correspondiente a 1941-42, con un insignificante aumento. El fenómeno de depresión hizo estacionar la curva regresiva en la mitad de la producción necesaria en época normal, calculado un aumento anual de 10.000 toneladas sobre el consumo anterior.

A los datos anteriores hay que añadir que la Economía azucarera-alcoholera sintonizada con la mundial. Si sobre acción en el mundo, superabundancia del producto en España, en cambio, cuando falta aquí, se carece en el mercado mundial. Este pintoresco fenómeno del azar del abastecimiento debe ser objeto de hondas meditaciones, pues no debe olvidarse que el azúcar y el alcohol se destinan exclusivamente al consumo nacional, así que influya en su producción el envío a otros países. Por tanto, difícilmente pueden explicarse los profanos en cuestiones económicas que teniendo España una Economía azucarera-alcoholera con frontera cerrada y venta segura de los productos, sólo esté abastecido el país cuando sobre en el mundo el alcohol y el azúcar.

Por tanto, los agricultores deben pensar que es necesario y urgente resolver el problema del azúcar y del alcohol industrial, para que pueda proyectarse en el mercado una enorme cantidad de toneladas de productos azucarados, que sirvan para alimentar a la juventud y al obrero, aumentando al mismo tiempo el rendimiento del trabajo.

Podrá objetarse lógicamente que la ecuación del precio del azúcar no es exacta en relación con otros productos y, por consiguiente, el agricultor se dedica al cultivo más remunerador. Es de esperar que un plan de ordenación de precios resuelva estos problemas para iniciar las batallas económicas de los productos básicos de la Economía española.

La industria granadina del azúcar, constituida por las fábricas Azucarera Nueva Rosario, La Vega, La Purísima Concepción, Azucarera del Carmen, Azucarera San Isidro y San Pascual, tienen la firme esperanza de que habrán de resolverse estos pequeños problemas en bien de la gran cantidad de obreros que actualmente ocupan y de la economía nacional.—G. T.



UANDO un hombre adquiere con su pensamiento y con sus obras, dimensión nacional parece perder de manera necesaria aquella cualificación original que lo adscribe a una ciudad o a un lugar determinado. Mientras vive, esta adscripción tiene una virtualidad más bien limitativa que a casi nadie interesa destacar. Sólo más tarde las biografías póstumas, quizá para satisfacer la vanidad conmemorativa de los eruditos, describen con todo detalle y precisión las características de pueblo que lo vio nacer y el ámbito doméstico o social que desiluzó su vida, más o menos interesante.

Subjetivamente, la relación de este tipo de hombre con la cosa local, suele ser de la más sentimental y íntima, y en rare ocasiones pasa de ahí sin empalme a la "fortuna". Se acerca a ella con la ilusión de recrearse en la tradición humilde o de descubrir de nuevo aquello que le rodea de manera cotidiana y familiar en el despertar de su vida. Todo se ordena y adquiere presencia bajo la esfera afectiva. La actitud humana de rendimiento apasionado ante la belleza o atracción de la ciudad adormida, obedece con frecuencia a aquellos momentos de vacilar interés frente al porvenir incierto o la acción difícil en los cuarteles del pensamiento. No necesita el renacimiento silencioso en la calle o en la plaza familiar, desde el paso y la orientación cobran de nuevo seguridad y sentido. No hay que olvidar la importancia del poder evocador de los lugares, que al renovar los recuerdos los adornan de tal guisa, que más bien como esperanza se nos aparecen.

Pero ocurre a veces, como en el caso de Pereda, que en la obra literaria adquieren resonancia directa todos estos estímulos y vivencias; en ella se vierte día a día y capítulo tras capítulo el paisaje bello de color, enriquecido por el resaca de la oscuridad local que empuja cada mañana los ojos codiciosos del que goza en su posesión al escribirlos. Un vínculo casi físico, de realidad geográfica, se consueña al hombre y a la obra en un mismo contorno, y los hace inseparables en el recuerdo. En él quedan insculpidos para siempre juntos, dentro de una representación espacial y concreta.

Algo muy distinto creemos nosotros que sucede respecto a la posición que Gánivet mantiene en relación con Granada, y, como consecuencia de ello, la que Granada ha mantenido en todo momento frente a Gánivet.

En la obra de Gánivet aparece continuamente la preocupación por su tierra. Buena prueba de ello son los numerosos escritos que le dedica casi de manera exclusiva. Pero esta dedicación tiene características especiales que la distinguen por completo de cualquier tipo de escrito localista. Ciertamente que muchos lo son en la medida que se ocupan de la ciudad o de sus habitantes de manera concreta; pero es tal la fuerza creadora de su pensamiento, y se halla en él tan radicalmente prendida el sentido de lo nacional, que a su solo contacto hace trascender en cada momento el localismo a una órbita tan amplia que abarca en su magnitud la totalidad de los problemas que angustian al español de su tiempo. Lo mismo cuando rinde culto a cualquiera de los rincones más queridos, que cuando describe el sentido de alguna vieja costumbre local que le es entrañable, con su fino espíritu observador de viajero incansable sabe dar el tono exacto valorador y sugerente a todo lo que es bajo su mirada, sin los convencionalismos y lugares

GRANADA Y GANIVET

Por PRIMITIVO DE LA QUINTANA



res comunes de lamentación y menosprecio tan fáciles para el hombre que comparaba la Europa de hace cincuenta años con las de viejas ciudades de nuestra Patria. Lo más importante, sin embargo, de su apasionado granadinismo es el deseo ilusionado de ver crecer y fructificar en aquella tierra el brote espiritual y de realizaciones intelectuales que él esperó siempre de los grupos más selectos que a su alrededor se mantienen. Este deseo, para cuyo cumplimiento pone en juego la maravilla de su continuo contacto epistolar con los amigos de Granada, es lógica consecuencia de sus pensamientos acerca de en qué consiste el embellecimiento de la ciudad. Nada ha podido tratar este embellecimiento con más mimo, delicadeza y originalidad.

El alma de las calles habla, y dice cosas muy bellas a quien comprende su extraño idioma, y él se dispone a escucharla con atención en cada encrucijada. Pero como cuestión previa para exponer su pensamiento urbanístico nos dice que es preciso fundar el arte que se propone el embellecimiento de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan. Cree que igual en el vestir, la elegancia no está en el traje, sino en la persona que lo lleva.

La ciudad urbana, con sus edificios, sus calles y sus plazas, es para él tanto más hermosa, cuanto mayor es la distinción y la calidad humana de la ciudad viviente.

Esta preocupación de perfeccionamiento espiritual de Granada, que no abandonó

musica, justificó seguramente la presencia permanente de Gánivet en el contorno de los granadinos, que con una fidelidad poco frecuente en nuestras esquinas provincianas españolas, jamás la olvidaron ni durante los comienzos de su vida ni cuando la muerte lo malogró tempranamente.

Recuerdo perfectamente el traslado de sus restos a Granada y lo que aquello representó para los que entonces surgíamos a la vida de nuestra generación. Los jóvenes que apenas éramos aún universitarios sabíamos muy poco de Gánivet y de lo que realmente representaba en la historia reciente de nuestro pensamiento. Sólo llegaba a nosotros, vaga todavía, la leyenda de un español, un granadino, que había vivido mucho tiempo en las brumas heladas del Norte, y que allí, lejos del agua alegre y clara que tanto amara, el agua que llena con su rumor la soledad abierta de Granada, sintió un día la misteriosa llamada de la muerte, que le venía también del agua; de las aguas oscuras y campesinas del Duero, en las que anegó trágicamente su vida. ¿Cómo pensarían en esta triste paradoja los restantes cofrades del Ave-lano?

Seguramente Paul Morand, cuando nos daba noticia de aquella remota sociedad asiática de bebedores de agua, no conocía que por las letras granadinas que florecían a fin de siglo se brindaba siempre al pie del manantial congregador de la cofradía literaria, con el cristal fresquísimo que Pepa Flores, sacerdotisa del rito popular, ofrecía para apagar la sed y encender en el corazón la llama creadora.

Su cuerpo estuvo expuesto en el Ayuntamiento, y la ciudad lo enseñaba con orgullo de rescate. Muchos hombres juveniles, para los cuales, como diría Machado, estaba oscura la historia y clara la pena, lo llevaron por la Alhambra a descansar en la bella colina. Bajo la bóveda verde, los rumores se pararon. Al compás del silencio avanzaba la comitiva, grave e ilusionada, que restituía a la paz los huesos atormentados en el frío del destierro. Todos nos sentimos más nobles en aquel tránsito de luz, porque nos parecía ejercer la caridad, y, al mismo tiempo, seguir sobre nuestra cabeza un símbolo vago e inconcreto.

Con el corazón inundado de las mismas preocupaciones casi que ahora nos empujan, fue aquello para nosotros el primer acto de presencia en el mundo del pensamiento torturado de España. El férreo metalico refugiendo frente al sol, de manera fulminante, arrasaba la imaginación adolescente sin saber adónde y sin saber a qué. Nuestra generación sentía allí el aura de su vocación realizadora en lo espiritual y en lo político. Luego, los hechos más dolorosos nos fueron encendiendo a todos, que la concreción siempre se hace vigilante y recelosa. Nuestra insolidaridad nos lleva siempre a escuchar el latido de los demás, no para sentir gozosos la armonía en el compás que ahuyenta la soledad, sino para descubrir el fallo y revolverse airados apenas se presente un ritmo distinto; en honor de Gánivet, que tanto se preocupó por las causas del mal de España, quizás nosotros debíamos pedir a Dios que nos conceda la humildad suficiente para perdonarnos en la disparidad y sentirnos siempre engarzados dentro de una unidad más alta y más generosa.

A muchas reflexiones se prestan las relaciones de este español con su ciudad natal; pero únicamente, para finalizar, queremos destacar, en honor de Granada, que ella no necesitó consagraciones oficiales para descubrir lo que Gánivet representaba en la vida nacional, en la que hoy tan actualizado se encuentra.

M. FERNÁNDEZ ALMAGRO

Granada y Santafé, cuna del Imperio Español

Por C. G. ORTÍZ DE VILLAJOS



SANCHEZ Mazas al encontrar las flechas de los Reyes Católicos incrustadas en los arcos de la Sala de Reyes de la Alhambra, halló el signo de la Falange.

¡Pronto de un Imperio triunfante sobre la algarabía geométrica de la ornamentación nazarí! Fue la revelación. Unidas y erectas, solas, pero no perdidas, en un mundo de curvas enlazadas en armonías decadentes, eran símbolo de lo recto sobre lo difuso, de lo que quiere vibrar y quiere subir sobre lo que tan solo busca la finura sensual de la ondulación y no pretende romper la gracia de su ritmo fácil, con sacudidas ascensionales. Después, aquellas flechas de la Alhambra habían de estremecerse en gloriosos espasmos de victorias nuevas e iban a incorporarse, palpitantes con la emoción de los pechos jóvenes que las habían prestado calor heroico, al nuevo escudo de España.

Granada, cuna del Imperio, ha dado al Movimiento lo mejor de su heráldica. Las flechas, el yugo de la fusión hispánica y también el águila monocéfala, que da medida de un solo impulso y de un solo sentimiento para hacer unidad de

Imperio después de hacer unidad de Patria. El águila granadina, de una sola cabeza—un solo corazón también—recobró su vida, estatificada durante siglos en la piedra vieja, para abrazar el escudo de su propia liberación. Fue esculpida cuando aun España, ya recobrada hasta el último contorno de su silueta geográfica, no había sentido la duda, que más tarde debía polarizar sus esfuerzos hasta, al correr de tres centurias, neutralizar su potencialidad política y su facultad creadora. La identidad de ambos momentos históricos era evidente. La aportación de Granada al estilo y al acento del nuevo Estado, definitiva. No hay posibilidad de hablar de Imperio español sin recordar a Granada. En ella, en su vega vital y fragante, se clavó el hito terminal de una epopeya para dar comienzo a la otra.

Granada y Santa Fe. Nació esta última después del incendio del 19 de julio, trazada en cruz como ribera gigante para abatir aquellas rojas y gallardas torres que se recortaban sobre el blancor perenne de Sierra Nevada, como solo anhelado. Otro gran destino le estaba reservado. Allí fue donde Colón, en su recinto amurallado—sobre el que galopaba Alvarez de Bohorques coqueteando con la muerte

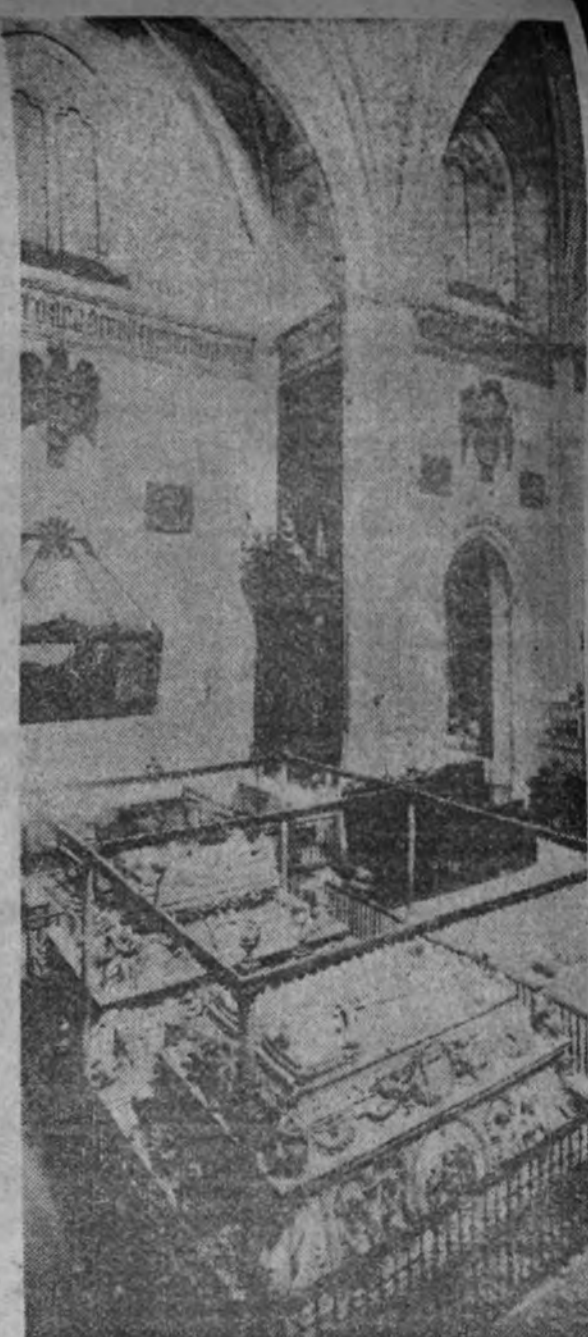
para dar gusto a las damas—, al resguardar de sus defensas elevadas "cuasi con divina presteza", disculpa con frailes, soldados y cortesanos cosas del mar y del cielo. En la desaparecida Casa Real dio suelta al ave rauda de cien colores y cien destellos, que anidaba detrás, de frente, ancha y alta, haciéndola volar por los ámbitos de la sala de audiencias, empavesada con trofeos de guerra y de fe, hasta posarse en la mente—o en el corazón—de la Reina Isabel. Después, el regateo, no de dineros, tan escasos ante el máximo esfuerzo realizado, sino de honores y preeminencias, que había que buscar en los abismos de lo desconocido. Más tarde, la desilusión, y otra vez el exodo; el regreso, con nuevos alientos de esperanza y, al fin, ya rendida la morisma, coincidiendo con los triunfos primaverales del año más glorioso de la Raza, aquel día en que Juan de Coloma iba poniendo el "Place a Sus Altezas" en los Capítulos "otorgados e despachados en la villa de Sancta Fee de la Vega de Granada, a 17 de abril del año del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil e cuatrocientos e noventa y dos años".

Cuna de Imperio es Granada, porque ella dio, con su propia reconquista, nuevos anhelos de expansión española a los campeones que al allazar sus muros robustos habían puesto fin a la empresa emprendida ocho siglos antes en las fragosidades astures. Gran júbilo el de la comunidad cristiana ante el glorioso episodio. "Grano a grano" había caído, con ese desmenuzamiento de su poderío y ese dislocamiento de su organización estatal y administrativa, que con tan fino tacto político y tan bravo impulso guerrero preparó el autor de la frase, el Rey don Fernando, en todo momento ayudado y alentado por la gentil y genial iniciativa y el tesón de la Reina Isabel. Fue guerra de Cruzada la guerra de Granada, que los ojos del mundo católico, Roma a la cabeza, seguían emocionados, esperando con ansia el momento grave y solemne de su culminación. En ella después, como antes en Santa Fe, guerrera y cortesana, esmalte de bizarros colores—morados de Castilla y reales carmeses, púrpuras eclesásticas, rojos y oros levantinos—milagrosamente cuajado en la gran esmeralda de la Vega vetada por los claros cristales de las acequias moras, se había congregado la flor de Castilla y de Aragón, de toda la España recta de virtudes, hazañas, puesta en pie, otorgando horizontes nuevos, donde clavar más cruces y más lanzas. Surgió el hecho providencial. Y España siguió adelante, sin descansar apenas en el bellísimo oasis, rumor de fuentes

tos y perfume de arrayanes, fantasía de colores y de luces, misterio roto de palacios deliciosos y sugestiones ocultas que le brindaba la ciudad rendida.

Luego, el sagrado depósito que atesora Granada bajo la clara y serena concepción renacentista de Domenico Fandelli, en la cripta de su Capilla Real. Cuando "el mundo perdió su adorno más noble", según escribió Pedro Mártir de Angleria, fue a Granada, donde vinieron a reposar eternamente las cenizas de Isabel. Desde este bello relicario gótico que las custodia, irradian luz de espíritu, energía sobrehumana, impulso y fe para todos los que, siguiendo sus consignas, ensanchaban a España a costa del mundo: "Aunque su vida haya fallecido, su autoridad siempre vive, como rueda que movida con gran ímpetu largo rato, después ella misma se vuelve como de suyo por buen espacio, aunque nadie la vuelva más", dijo veinte años después el italiano Castiglione, traducido por Boscan.

En Granada nació el Imperio español. Magnífica impronta de su reciedumbre nos dejó Carlos V en su palacio, y bello y grandioso presente de su amor a Granada uno de sus más insignes capitanes, Gonzalo Fernández de Córdoba, en la iglesia de San Jerónimo, que guarda sus despojos mortales como antes guardó su espada invencible y sus trofeos de victoria. En la gran Historia de España, Santa Fe, con sus recuerdos de prodigiosos sucesos vinculados por siempre a la epopeya colombina, y Granada por su pasado lleno de emoción hispánica y estas eternas realidades que tienen alma y color de vida, figuran en planos preeminentes, atalayando siglos, con prestigio y rango que los tiempos nunca podrán prostituir ni aminorar.



El sepulcro de los Reyes Católicos, en la Capilla Real de Granada: En los muros, las águilas monocéfalas, las flechas y el yugo que han dado nuevo escudo a España



Santa Fe fue trazada "cuasi con divina presteza" en forma de cruz. Aun conserva tres de los arcos que daban remate a sus brazos simbólicos frente a la gallardía roja y fuerte de Granada

Viajeros románticos en Granada

(Viene de la página 8)

Juan de Dios, el Zacatín, el paseo del Salón. Son de pintor los ojos de Gautier, atentos con amorosa curiosidad a la luz, a tonos y claroscuro, a toda suerte de matices, a la animación y relieve en la composición. Con sus recuerdos de viajero en Granada, Gautier llena muchas páginas de su conocido «Viaje a España», y, además, son brillantes y animadas las imágenes llevadas por él a una veintena de poesías que no han sido objeto—sino estamos equivocados—de edición especial y que el lector curioso hallará por lo pronto en las «Poesías completas» de 1872. Lindas composiciones de vario carácter, entre ellas, una letrilla... que no lo es, una grácil serenata, algún gran soneto y, sobre todo, el poema dedicado a la mujer granadina, que empieza así:

"A vous, Martirio, Dolores, Gracia, sœurs de beauté, conquêtes de la vertu."

Alejandro Dumas va a Granada en 1846, y no olvida el antecedente de Gautier, su colega y compatriota: «Gautier—dice—, que ha escrito con pluma y pincel a la vez...» Pero Dumas, el gran folletista, no es un pintor, sino un narrador, que busca lo novelesco, lo extraordinario,

lo que sorprenda o intrigue. Dumas entrevé una novela en cierta muchacha, que, a punto de morir, fue dibujada por uno de sus compañeros de excursión, y que luego se salvó; fantasea una reyerta en la casa del arquitecto Contreras—Contreras, dice Dumas—, describe la taberna o venta de Siete Suelos como el fondo posible de grandes situaciones, y en una familia de gitanos cree descubrir tremendos complejos. La grandeza del nocturno granadino, punto menos que único en el mundo, emociona vivamente a Alejandro Dumas: sale del teatro Principal, donde ha visto bailar a Candelaria Melindres (?), y se encuentra con «una de esas noches transparentes y estrelladas, que el Cielo dispone precisamente para Granada, para ella sola». Pero todo, en último término, le impresiona a Dumas: monumentos, tradiciones, tipos, cármes, calles, escenas populares, lo arábigo lo cristiano, esta imagen a la luz de unos faroles, aquella mujer que pasa, las espiñadas frutas... Y, sobre todo, la noche, el cielo, «distinto a los otros cielos», el aire que tamiza los colores y que dulcifica el tono de los horizontes. «Yo empiezo a creer—escribe—que hay un placer superior al de ver Granada: volverla a ver.» Por lo leído, Dumas, que ya era el autor de «Los tres mosqueteros», fue agas-

sado en extremo. Le visitaron y rindieron el homenaje de su admiración los poetas y periodistas de la ciudad. Figuraría entre ellos Fernández y González, «el Dumas español», escritor incipiente?...

Un viajero romántico más: Edmundo de Amélie. Su viaje se efectúa en 1871, y la crónica en que lo narra se titula simplemente «España». Libro simpático, de mucha información; abundante en referencias concretas; lo que llamaríamos hoy un reportaje. Edmundo de Amélie no llega ya a Granada en la diligencia de los románticos, sino en el tren: un tren, después de todo, romántico también, por lo que había de aventura de peligro en estos primeros caminos de hierro. Amélie se considera defraudado por la «odiosa regularidad» de las calles céntricas. Pero le compensa el paseo del Salón, «el más hermoso del mundo». Le fascinan la Alhambra, el Generalife, el Albaicín. Lo conmueve el arte de Alonso Cano; le impone el enterramiento de los Reyes Católicos; se siente algo desconcertado, puesto a pensar en el pueblo granadino, porque «la verdad es que no llega a verlos»; «en las calles no encontraba a nadie...» Y de esta suerte se imagina al alma de la ciudad recogida en sí misma, «echando entre flores, hastiada y envanecida de su soberbio pasado. Amélie no es

el romántico puro en modo alguno; le pican la sociología y el progresismo. Por eso descubre que las ciudades meridionales de España—¡ay!—son más bellas que laboriosas, y más altivas que civilizadas...

Estos autores, automáticamente evocados de puro familiares, tantos y tantos más, difundieron el amor y el conocimiento de Granada, como, en general, de España toda. Amor, no siempre lúcido; conocimiento, que en ocasiones adolecía de parcialidad. De todas maneras, y concretando el caso a Granada, Granada fue un magnífico descubrimiento del romanticismo. Acusan más suspicacia que buena percepción quienes rechazan, por «espagnolade» no pocas de estas interpretaciones del viajero romántico que buscaba, más que nada, lo pintoresco y diferencial. Pero no dejemos de reconocer, en descargo de los extranjeros, que también los escritores nacionales padecieron una deformación, por la cual la vida española se nos pintó asimismo con colores de pandereta. Y, en fin de cuentas, recordemos que gran parte del estilo y de la manera epilados por el romanticismo a sus características visiones de España, arrancan de nuestro Goya.

HA sido necesario el alabanzar de nuestro periódico ARRIBA, amalgama de gratos y dolorosos recuerdos de fechas preteritas de luchas en el anonimato, para que, rompiendo la consigna de negativa rotunda a toda publicidad sobre la actuación en el cargo, nos haya en la postura incómoda que durante los meses reputados como impropios. Hemos sido vencidos por la fuerza de la llamada; mas en justa reciprocidad al mutuo respeto que nuestra postura ha de merecerles a nuestros camaradas de Prensa sabrán dispensarnos el que mantengamos el orgullo de, aunque vencidos, no convencidos, rindiendo pleitesía de admiración y envidia a los que, asomándose a las ventanas del mundo, saben desde ellas educar y exaltar los espíritus, preparándose a las grandes y sublimes epopeyas, en tanto que los demás procuramos poner de nuestra parte ayudando a aquella labor con el realismo de los hechos, que es luz en las tinieblas de los escépticos y convicción que conmueve con la elocuencia del silencio a los agoreros malintencionados de todos los tiempos.

El requerimiento hecho para contribuir en colaboración al extraordinario para nuestra fiesta, de un número de «SI», hemos querido ser nosotros mismos quienes hablen de nosotros, para poder tal vez así burlar un tanto las normas de estos trabajos, procurando llevar el nuestro al verdadero terreno de la más estricta y austera veracidad informativa, que le aparte de lo ampuloso y le aleje de lo interesado.

La Diputación Provincial de Granada ha luchado siempre en un ambiente de penuria económica; la sola consideración del lugar que ocupa en la clasificación de estos organismos por la cuantía de sus presupuestos, lo evidencia bien claramente. El vigésimo primer lugar en aquella escala, en una provincia con un valor censal de 180.000 habitantes en la capital y 700.000 en los pueblos, es la demostración clara y evidente de miseria en la pobreza.

Cinco millones de presupuesto efectivo para atender a tres mil acogidos, en los distintos establecimientos benéficos, demuestra que aquella afirmación no es metafora impresionista, sino realidad exacta y cruel. Y si queremos mayor realismo rin-

diendo tributo a la sinceridad, confesamos no sin cierto temor por lo atrevido de la declaración, que descontando de las cuatro pesetas con cincuenta y seis céntimos que corresponde a cada acogido, la parte proporcional correspondiente a gastos de personal, más lo que le afecta del pago de cien mil pesetas anuales por intereses y amortización de un empréstito ya antiguo de 1.700.000 pesetas, aparte del resto de los gastos representados por subvenciones, becas, donativos, suscripciones, etc., podemos afirmar con toda garantía de acierto que la cantidad por acogido para atender a su alimentación, vestido, medicamentos y curas no excede por día de DOS PESETAS CINCUENTA CENTÍSIMOS. No creemos necesario tener que forzarnos en la rebusca de argumentos para demostrar verdad tan sencilla y clara.

En este ambiente de asfixia económica, creado durante los años de nuestra guerra de Liberación por la disminución de ingresos originado al quedar más de media provincia en zona roja, y más tarde por la superválora de los artículos; en esta situación, repetimos, se desenvolvieron los camaradas que nos precedieron en los cargos de la Gestora, por lo que toda su labor tuvo necesariamente que centrarse en reforzar los ingresos con la creación de nuevos arbitrios con que hacer frente a tal situación.

Cuando entramos a regir los destinos de nuestra Diputación, éste era el marasmo económico ambiental; un déficit de más de un millón de pesetas en lo corriente, una deuda antigua de tres millones y una obligación de 100.000 pesetas anuales para pago de intereses y capital del empréstito ya mencionado; perdido el crédito en el comercio y la amenaza de retirada de abastecedores, de no liquidarles sus atrasos.

Fué, como era natural, primordial finalidad de la Gestora poner en marcha, activando la aprobación de los arbitrios solicitados; realizar con toda rapidez la cobranza de las cédulas ya atrasadas del año 1941, con el fin de poder, al finalizar el año 1942, hacer efectivas las de dicho ejercicio. Las ventajas económicas derivadas de estas gestiones, satisfactoriamente resueltas, fueron bien claras y patentes. Hechos cargo de la Diputación en los últimos

días de noviembre de 1941, a los dos meses pudimos, después de cubiertas las atenciones de nuestra gestión, saldar el déficit de 1.088.000 pesetas de atenciones corrientes y, por añadidura, permitimos el lujo de liquidar el presupuesto de 1942 con un superávit de más de doscientas mil pesetas.

Reforzados los ingresos, principalmente por acortamiento de plazos en la cobranza de cédulas personales, buscando la nivelación de los atrasos existentes, este mayor ingreso ha sido el que nos ha permitido no sólo levantar el crédito de la Corporación, sino vivir al margen de todo agobio económico, pudiendo al propio tiempo realizar algunas mejoras como la construcción de nuevos consultorios, saneamiento de algunas salas y restauración, con obras de conservación, de la escalera principal —verdadera joya de valor material y artístico— existente en el Hospital de San Juan de Dios. Obras de saneamiento y ampliación en la sala de operaciones y clínicas de la Maternidad, así como en la cocina y otras dependencias, entre ellas en la iglesia del Hospicio Provincial. La dotación de ropas de cama, así como de las salas de operaciones, cuya falta ha venido produciéndose según espontánea declaración de las Hermanas de la Caridad, desde «final de la Dictadura». Adquisición de uniformes y calzado para todos los niños y niñas del Orfanato, sin olvidar la banda de música, cuyos nuevos uniformes, sencillos y vistosos, estrenarán en estas fiestas del Corpus. Renovación y reposición completa del material quirúrgico del servicio de urgencia del Hospital de San Juan de Dios; creación de becas para estudiantes pobres de Artes y Oficios y su mejor dotación; ampliación de algunas subvenciones, principalmente para Juventudes de Falange; mejora de sueldo a todo el personal activo por carestía de vida; concesión de media paga para Navidad y fiestas de Corpus, sin olvidar una bonificación en el sueldo al personal subalterno obrero el día 18 de julio.

De propio intento hemos dejado para última hora ocuparnos del problema de nuestros huérfanos. Nada ha preocupado tanto el ánimo de la Gestora como la atención que merecen aquellos niños y niñas sin más amparo y cariño que el que les prestemos nosotros, ni nada grava más

algunos momentos para el futuro que la labor de administración que algunos con ellos, por eso, dando el primer momento de nuestra actuación fue atención preferente organizar un plan de actividades que, planando en un Reglamento, nos permitiera, como ya se viene realizando, orientar la educación religiosa, político-social y profesional de aquella juventud hacia un grado de perfección que les capacite para, en su día, ser ciudadanos modelos en sentimientos religiosos, amantes de su Patria y capaces para desenvolverse en el batallar de la vida por la existencia. En punto a educación religiosa, aparte de la que realizan permanentemente las Hermanas de la Caridad, se nombró un capellán fijo, y por los padres Jesuitas se les prepara, por conferencias y pláticas, en los sagrados principios de nuestra Religión.

Tan pronto como por el Ministerio de Educación Nacional se resuelvan las peticiones que tenemos formuladas, nuestros asilados estarán bajo la constante vigilancia de profesores de instrucción primaria.

La formación político-social se realizará en breve llevando a cabo la integración de nuestros jóvenes a las Juventudes de Falange, para que con mandos especializados reciban las enseñanzas de este orden que nuestro Movimiento proclama y realiza.

Para llevar a cabo la enseñanza profesional, en el mes de febrero fué inaugurado el taller de mecánica, suficiente para veinte alumnos, y cuyo coste está muy próximo a las 100.000 pesetas; se ha ampliado el trabajo en el taller de alfarería por dotación de más cantidad de material, y en estos días se inicia la formación del taller de carpintería, que esperamos sea inaugurado en breve; esto sin olvidar ni detenernos en las gestiones que se vienen realizando para conseguir instalar el taller de imprenta y encuadernación. En cuanto a las jóvenes, poseen un taller de corte y confección, que será ampliado y completado en su maquinaria.

Como remate final a esta labor de conjunto, nuestros huérfanos tendrán—Dios mediante—un campo de deportes que, científicamente controlado, contribuya al normal desarrollo físico de los acogidos.

La Diputación de Granada, aparte de lo hecho y lo por hacer, tiene contraído un compromiso de conciencia que, por su gravedad e intensidad, aleja cualquier otra preocupación y atención en el orden asistencial, y es éste el problema de la terminación del Manicomio Provincial. De verdadero ludibrio puede calificarse el estado del actual Manicomio, y a que desaparezca éste tenderá todo nuestro esfuerzo. Con la ayuda de Dios, nosotros no cedemos en nuestro entusiasmo y labor constante de superación; sólo esperamos no nos falte la protección oficial para arribar la nave al puerto de su ansiado y merecido destino.

“TRANVIAS ELECTRICOS DE GRANADA, S. A.”

La Sociedad de Tranvías Eléctricos de Granada es concesionaria de las líneas de tranvías urbanos e interurbanos.

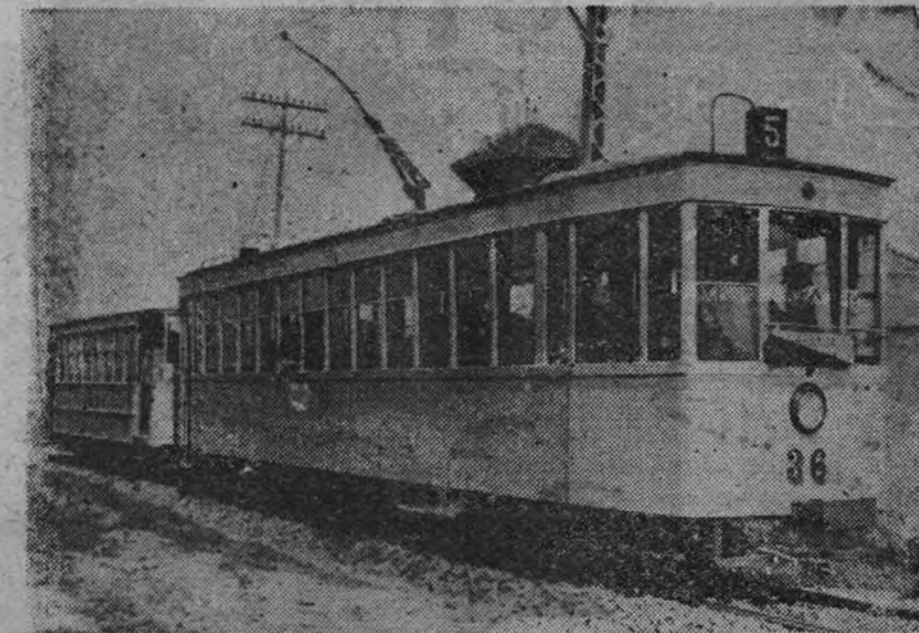
Sus magníficos coches son construidos por los talleres de la Compañía.

La rica vega granadina cuenta con un servicio de los Ferrocarriles, que arrancando de la capital constituye la red eléctrica más extensa de España.

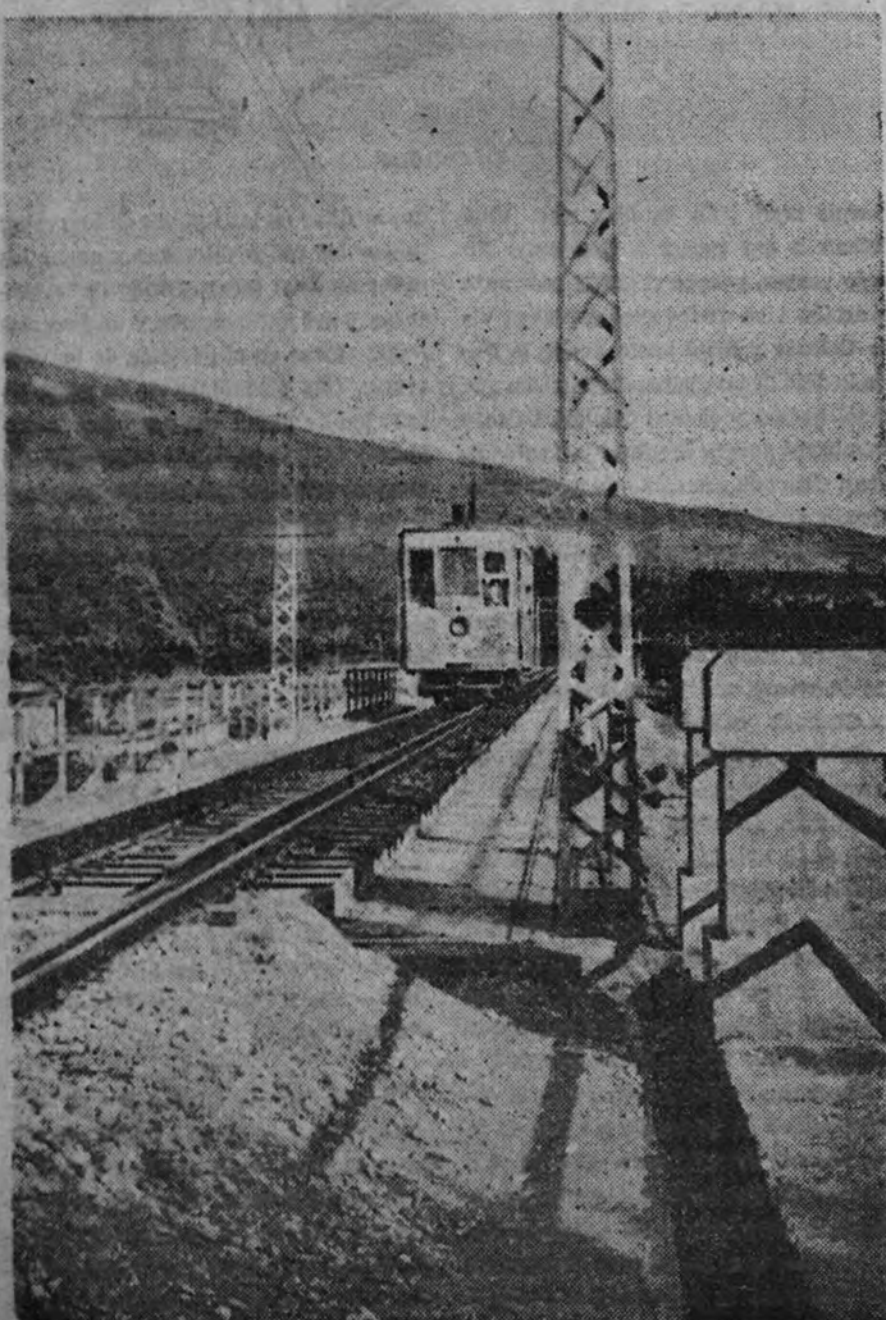
También es concesionaria del ferrocarril aéreo que une Granada con el puerto de Motril.

Su transporte abarca, no solamente el de viajeros, sino el de toda clase de mercancías.

Las oficinas de esta importante Compañía están situadas en Granada, en la carretera de Pinos Puente, y en Madrid, en la calle Príncipe, número 35.



Modelo de tractor y remolque



Un puente en la línea de Durcal

GRANADA ES GRANADA

Por JUAN APARICIO

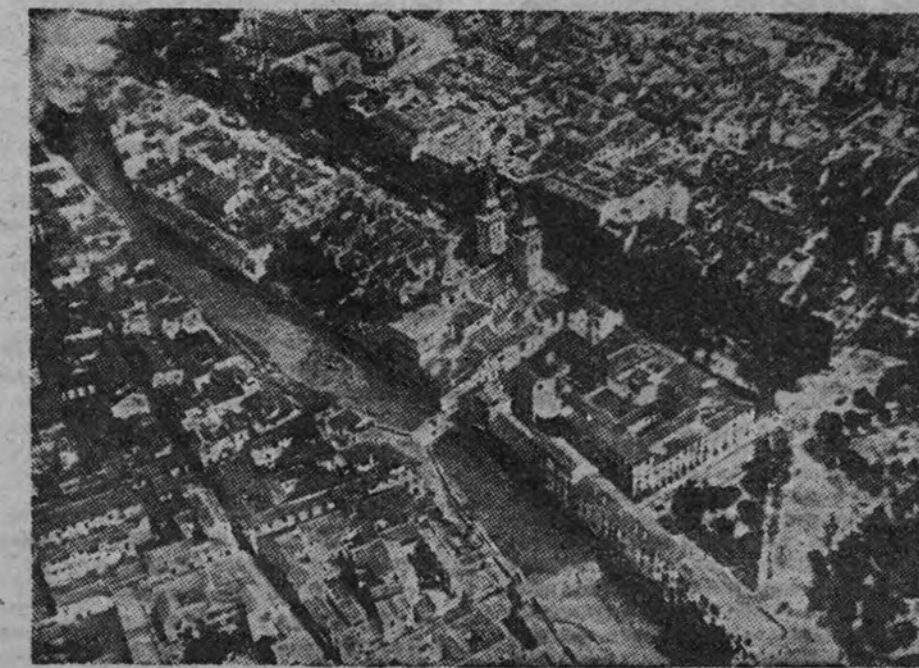
ESTRE esta hipóbole ostrera y asertoria le la Reconquista por Fernando e Isabel, y esta otra melancólica y remisiva como expresión de nostalgia y rivalidad andaluzas: “Cuando Almería era Almería, Granada era su alquería”, hay que establecer un recodo o una desviación sentimental y política para la Historia. Atrás iba quedando rezagado el minarete y la reverberación del Sur como dos lunas en su cuarto menguante. Hacia la contemporaneidad de nuestras vidas, Granada adelanta las flechas jugadas de nuestro escudo decorando heráldicamente la capilla de los Reyes Católicos. Allí fué donde don Fernando de los Ríos nos ofreció a sus alumnos de Derecho Político, durante una tarde primaveral, la disertación redicha de que el haz era un vínculo en torno a una voluntad de Estado y que podría convertirse en el emblema para un Nacionalindustrialismo. Las lágrimas de Boabdil pertenecen a la misma remembranza almeriense, mientras que el prematuro hallazgo de la insignia estemática para la Revolución nacional—desde 1924—fué una elaboración de la Universidad granadina.

Cuantos fuimos estudiantes en Granada le debemos una tesis sobre los enigmas de su embrujo; porque no es tan fácil apoderarse del quid de la ciudad, cuando aún permanece vedada y casi intacta para la mayoría de los forasteros. Hay un hechizo en torno de esta colina roja, de esta Alhambra o harén prohibido y oculto a los profanos. Pero no se achaque a sortilegio oriental este misterio de los siete velos alrededor de su agua subterránea o de su exotismo morisco o gitano; sino que es la intimidación de la cultura quien separa a los esotéricos de los analfabetos.

Granada ha sido siempre una ur-

be letrada, a pesar de sus cabras lecheras y casi rupestres. Entrar dentro del recinto doctoral ciudano sin bagaje de sabiduría, traía consigo el riesgo de que al ignorante viajero de Iznájar, Huéscar o Guadix se le llenase la boca con cagarrutas. Así no quise ser huésped de Granada hasta que no supe distinguir el agua de la fuente del Avellano del agua de la fuente de la Culebra; el pan de Alfacar, del pan de Loja, y las acuarelas de mister Apperley, de las Carocas de la festividad del Corpus Christi. En cuanto un extraño se aposenta en Granada, la hospitalidad de los granadinos pretende obsequiarle con una zambra en el Sacro Monte, bajo la advocación de las Macarronas y de don Andrés Manjón (que en paz descanse); pero ya se ha descubierto que así como aquel hombre hidráulico presentado por Ganivet en “Granada, la bella”, se emborrachaba con agua y anises, hay otros vecinos de la ciudad que se emborrachan con el baile.

Hemos mencionado el agua y la coreografía, porque al parecer constituyen los dos genios tutelares y ontológicos de la ciudad que se bifurca en una acequia o surtidor del Generalife y en la cadera ondulante de una zingara al son de un pandero. De una parte, se imaginan algunos la Granada finamente romántica y acuosa del Paseo de la Bomba o del Embovedado encima del Darro y del Genil para que se paseen Marianita Pineda y Eugenia de Montijo con sed de cadalsos y de abejas napoleónicas. Granada se reduce a una secta de bebedores como aquella Cofradía de la fuente del Avellano, que conspiraba contra la cábila de enfrente enardecida por los impulsos dionisiacos de la danza y de la flamenquería. Hubo una vez un sacrilegio granadino cuando vino a las mentes de los organizadores convertir al escueto palacio de Carlos V en un tablado descomunado para un certamen de cante jondo.



La carrera de Genil y río Darro antes de ser cubierto, en 1930



Cuando la Custodia avanza por la calle de Mesones

do. Se impuso entonces sobre la estilización de los que bebían a la salud de Angel Ganivet y de Federico García Lorca sendos vasos del líquido cristalino—pues hay un prólogo a la revista “Gallo”, donde el protagonista se alimenta con la linfa de los ríos de Granada, en cuyo licor están disueltas las pepitas de oro—, el foclor de la ciudad explotada para los turistas, y cuya representación escénica por un cura réprobo se denominó, en vez del agua de oro, “El niño de oro”.

En el transcurso de las dos posturas, refinada y archisensual, existía la complicidad inágena de sentirse ambas personalizadas por idóneos y coincidentes “greñudos”; por lo que no hubo una tal derrota a la usanza ganivetiana ni un triunfo de lo popular sobre lo alambicado, ya que toda el agua potable de Granada nos parece salir de una serpentina. Sin embargo, no hay que olvidar que el más castizo de los habitantes del Albaicín era un catedrático del Instituto General y Técnico de Segunda Enseñanza, y que don Andrés Manjón fué catedrático de Derecho Canónico y que bajaba en la grupa de un asno desde las cuevas de Sacro Monte has-

ta las columnas salomónicas de la fachada universitaria. Gracias a esta influencia de la Universidad no se ha corrompido ni el agua ni la zambra, aunque en los pozos y en las bayaderas anidase el cadáver del orientalismo; puesto que en esta adivinanza de la esencia de una ciudad se descifra que había pecado musulmán, tanto en la lascivia de dejarse llevar por la corriente acuática, como por la somnolencia de la música y de la lujuria. Ante el peligro de aniquilarse el alma por la fascinación del agua y del baile, se ha erigido la Universidad española y cristiana, ensañando un antídoto para cada veneno. La apoteosis del Corpus granadino con su Tarasca a la manera de una gitana de Rodríguez Acosta o de Morcillo pudiera ilusionarnos por la pagania del paisaje y por la vibración corporal, obligándonos a suponer que se trataba de lo folklórico y de lo hidráulico conjugados. —La vega de Granada, como Egipto, es un don de sus ríos—; pero la Universidad interviene para descubrirnos, que cuando la custodia avanza por la calle de Mesones es sólo la Teología quien origina el movimiento del mundo.

LA CASA DEL CHAPIZ

Por EMILIO GARCIA GOMEZ

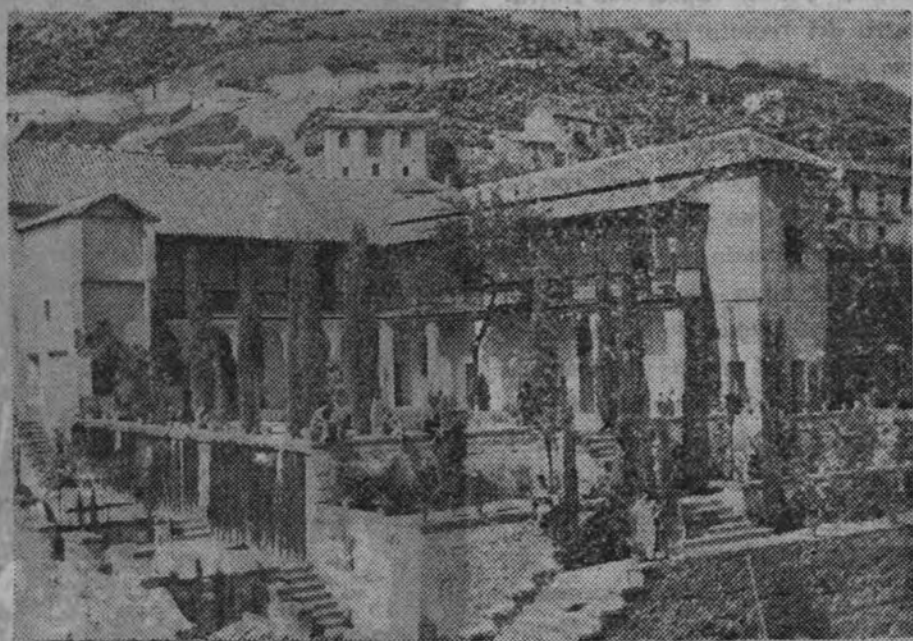
De la Real Academia de la Historia

DESDE cualquiera de las galerías o estancias de la Alhambra que miran al valle del Darro, pero, sobre todo, desde las arquerías diminutas y aéreas del Peñador de la Reina, se ve allá abajo, al otro lado del río, una casa árabe que tiene adosado un hermoso jardín. Una alta tapia con celosías la separa de las cuevas gitanas de la subida del Sacro Monte. Un murillo bajo coronado de flores la asoma sobre las Escuelas manjonianas del Ave María. La fachada de la casa es noble. Tiene unos arcos árabes, con rizadas estrellas de yeso en las albanegas y columnillas de mármol, y una galería alta con baranda de madera. Unos cipreses, todavía adolescentes, dan guardia de honor a una alberca que brilla al sol con destellos de heliógrafo. Parece la casa, arrodillada delante de la Alhambra, como una blanca esclavilla a los pies de la sultana vestida de púrpura. Fué palacio de un morisco a quien llamaban el Chapiz. Hoy es la Escuela de Estudios Árabes de Granada.

¡Ay! Me acuerdo siempre de los ratos dulces y amargos que allá hemos pasado, sobre todo en los comienzos. Leopoldo Torres Balbás, con su habitual maestría, reparal, la fibra, gravemente comprometida por un secular abandono (era una casa de vecindad, eternizada en algún bello grabado romántico, y el horno de una tahona lamia con llamas los alfarjes mudéjares prodigiosamente intactos). Se encaban los muros, se sacaba el cascote de los albercones, se plantaban cipreses y arrayanes, se podaban los granados. Nosotros, en tanto, poblábamos la biblioteca con libros de tema oriental, reuniendo los valiosos códices y los volúmenes modernos que había en las restantes librerías de la ciudad, completados con nuevas adquisiciones; colgábamos de las blancas paredes mapas y pizarras, planos de Fex y de Tetuán, reproducciones de miniaturas persas que recoitábamos de la *Illustration Française* y caligrafías complicadas que yo había adquirido, de estudiante, en El Cairo. Cuando la inauguró S. A. I. el Jalfi, habíamos todavía de colgar entre andamios los tapices de la Alpujarra.

Mucho más, sin embargo, que la instalación material, que resultó sobria y elegante (¿qué equilibrios hicimos con muy poco dinero?), nos preocupaba el espíritu que habíamos de infundir en la institución naciente. Dos tremendos peligros nos amenazaban. De un lado, el que el poder público de entonces, que por necesidad científica y técnica no había tenido otro remedio que poner en nuestras manos la Escuela, quisiera hacernos vehículo de impulsos, tendencias o propagandas que pugnan con nuestras conciencias. Se luchó en este terreno, y no poco; pero se venció al cabo. El otro escollo se revelaba asimismo temible. Era ese ingenio floarabismo de pandereta, o de oriental de Zorrilla, que tenía, en cierto modo, envenenada la ciudad. El siglo pasado echó de la Alhambra a los gitanos, pero el nuestro la ha encontrado llena todavía de malos fantasmas literarios, de espectros pseudomoriscos. Donde la gente sólo veía decoraciones de zarzuela, láminas de folletín o quioscos de refrescos (como creo que alguna vez ha dicho con gracia Baroja), nosotros debíamos proyectar la blanca y cruda luz de la inteligencia. ¡Difícil tarea, en un sitio en que unos cuantos universitarios habíamos de inaprovecharlo todo! Afortunadamente, la guía la teníamos en España. Los retratos de Gayangos, de Codera, de Ribera y de Asín fueron en nuestros despachos las brújulas de un rumbo cierto.

Es posible que en ninguna otra materia más que en la nuestra, las gentes



La casa del Chapiz

realicen una extraña asimilación del especialista a la materia que estudia. A nadie se le ocurre pensar, por ejemplo, que un prehistoriador tenga algo del hombre de Altamira. Pero, en cambio, si nosotros nos sentamos a la mesa, pocas veces dejaremos de oír la broma de que no respetamos la prohibición alcohólica del vino, y ha habido diplomático extranjero, de paso en España, que, al serle presentado un profesor de Árabe, lo ha creído perteneciente a una minoría musulmana española. Y no se debía agravar con ello nuestra ya triste situación de casi desterrados de las Humanidades clásicas. Al dedicarnos a los estudios árabes, nosotros laboramos por la cultura española (occidental, europea y cristiana). En el peor de los casos hacemos lo que ya los griegos reputaban necesario: estudiar la *barbarosofia*, «la sabiduría de los extranjeros», porque ningún pueblo es más fuerte que el que conoce mejor a los otros. Pero es que, además, en España, ser arabista es profundizar en nuestra propia historia y descubrir vetas inexploradas en nuestra propia vida. Esto lo sabe desde la tertulia de casino que discute el significado de un topónimo hasta el labriego que descubre una orza de monedillas o el soldado con licencia que sube a la Giralda. ¿Cuánto más no debían saberlo los que hacen historia nacional o universal, en cualquier as-



Bajo la vigilancia de la Escuela de Granada, como becarios que mantiene este Centro o el Majazén, cursan sus estudios de enseñanza Media y Superior en los establecimientos docentes de Granada, varios alumnos musulmanes marroquíes. En la Escuela de Estudios Árabes de Granada se han formado, y de la Universidad granadina han salido Dris ben Kiran, el primer abogado marroquí; Ahmed Skirech, que acaba de licenciarse en Medicina, y Krime Rifi, que ha obtenido el título de Practicante, entre otros. Aparte de estos becarios que con carácter permanente y hasta la terminación de su carrera son alumnos de la Escuela de Granada, en este Centro se dan cursos de ampliación de estudios para estudiantes marroquíes, como el de monitores o maestros, celebrado durante los meses de abril y mayo de 1939, al que asistieron cerca de treinta alumnos musulmanes, que ampliaron aquí sus conocimientos sobre cultura española; curso que coincidió con la visita que S. E. el Generalísimo hizo a Granada por aquella fecha y que fué honrado con la presencia del Jefe del Estado

pecto! Sin el árabe es muy difícil comprender buena parte de la Edad Media. La Casa del Chapiz que organizábamos en Granada no era una nostalgia ni un exotismo, sino una necesidad y una orientación para el futuro.

Teníamos ya el espíritu, pero nos faltaba todavía elegir la materia concreta de trabajo. Se habló entonces, como tantas otras veces, de una Universidad musulmana. Este proyecto lo estimamos y lo seguimos estimando irrealizable por el momento, y lo será durante muchos años. Traer estudiantes musulmanes a Granada para estudiar lengua y literatura árabes es un programa muy poco atractivo para ellos, y que pueden cumplir con mucho mejor fruto en sus respectivos países. Lo que interesa a los orientales es la adquisición de conocimientos científicos y técnicos. Ahora bien; confesemos que nos hubiera sido muy difícil desviar hacia nuestras ciudades la corriente estudiantil islámica que se dirigía, en aquellos tiempos, a las Universidades o a los grandes politecnicos de París, Londres, Berlín, Roma o Bruselas. Ni siquiera la lengua española —no nos engañemos— tiene rango internacional en Oriente. Hubiera sido, si, hacedero cambiar algunos estudiantes de Letras, traer a pasar una temporada entre nosotros a algún poeta o erudito, y celebrar algún Curso de Vacaciones; pero la situación, primero de España en

aquellos años, y luego del mundo, hicieron irrealizables incluso estas modestas perspectivas. En este terreno nos limitamos a lo factible: tener entre nosotros a unos cuantos estudiantes de nuestra zona de Protectorado marroquí, designados por la Alta Comisaría, de los cuales los más brillantes acaban de terminar ahora sus Licenciaturas.

Una segunda esfera, de más corto radio, hubieran podido tener nuestros desvelos: preparar y capacitar con una formación universitaria y científica a los funcionarios españoles de nuestra zona marroquí (interventores, intérpretes, maestros, etc.). Intentamos cuanto se pudo intentar en este terreno, y procuramos por todos los medios fomentar la colaboración con las autoridades del Protectorado (las becas de la Alta Comisaría y un brillante curso de monitores son buena prueba de nuestra afirmación). Pero, desgraciadamente, era campo en que de nada valía nuestra sola iniciativa. La unión del arabismo metropolitano, erudito y universitario (de tan brillante tradición en nuestra Patria y de tan bien ganado prestigio internacional) con el arabismo colonial o africanista, se ha realizado ya en casi todos los países de Europa; pero en España sigue siendo una empresa proyectada hacia el futuro.

Hubimos, pues, de ceñirnos a hacer lo que estaba plenamente en nuestra mano: un centro de investigación erudita. Cumplimos para ello los dos requisitos indispensables en todo empeño de esta índole: empezar por muy poco y a la sombra de la Universidad. En la de Granada encontramos siempre el apoyo más entusiasta. Se comenzaron estudios sobre los más variados aspectos de la civilización arábigoandaluza, y en particular sobre el antiguo Reino de Granada. Se colaboró con los maestros de Madrid en diferentes series de publicaciones y en la edición de la revista *Al-Andalus* (que ya va por su octavo volumen). A pesar de la increíble estrechez de porvenir económico, no nos faltaron estudiantes que, con ese heroísmo modesto, tan poco apreciado, prefirieron la ciencia a la vida. Surgió así uno de esos conventículos de arabistas, que, como ha dicho hace poco el maestro Asín, «son, por cierto una de las órdenes investigadoras de más estrecha observancia, y en las que con mayor rigurosidad se cumple el voto de pobreza». Y nos consolaba pensar que aquel don Francisco Codera que en un piso oscuro de Madrid de fin de siglo componía el mismo con sus discípulos, tipógrafos improvisados, los diez tomos de la monumental *Bibliotheca Árabe-Hispana*, se hubiera sentido satisfecho de esta bellísima sucursal donde trabajábamos con menos modestia, al pie de la Alhambra y entre deliciosos jardines.

La Casa del Chapiz ha resistido victoriosa las peores tormentas españolas. Hoy vive feliz a la sombra del árbol del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se cursa allí la Sección de Semíticas de la Universidad granadina. Explican en ella dos catedráticos de Universidad (uno de Árabe y otro de Hebreo), un profesor que lo es también en uno de los Institutos Pontificios de Roma y una de las primeras autoridades de nuestro africanismo, Les rodean otros profesores formados en la ciudad y un grupo entusiasta de discípulos. Como los cipreses que allí se plantaron, la Institución es todavía adolescente: no tiene aún demasiada fronda, pero da sombra, y asila pájaros, y no se pliega demasiado a la imposición del viento. Tal como es, es una de las instituciones culturales de más arraigo en la ciudad. Y el día de mañana—cuando la guerra cese y el Estado quiera—podrá ser un precioso instrumento para la difusión de nuestro espíritu por el mundo islámico.

GRANADA ES OCCIDENTE

Por ANTONIO GALLEG0 MORELL

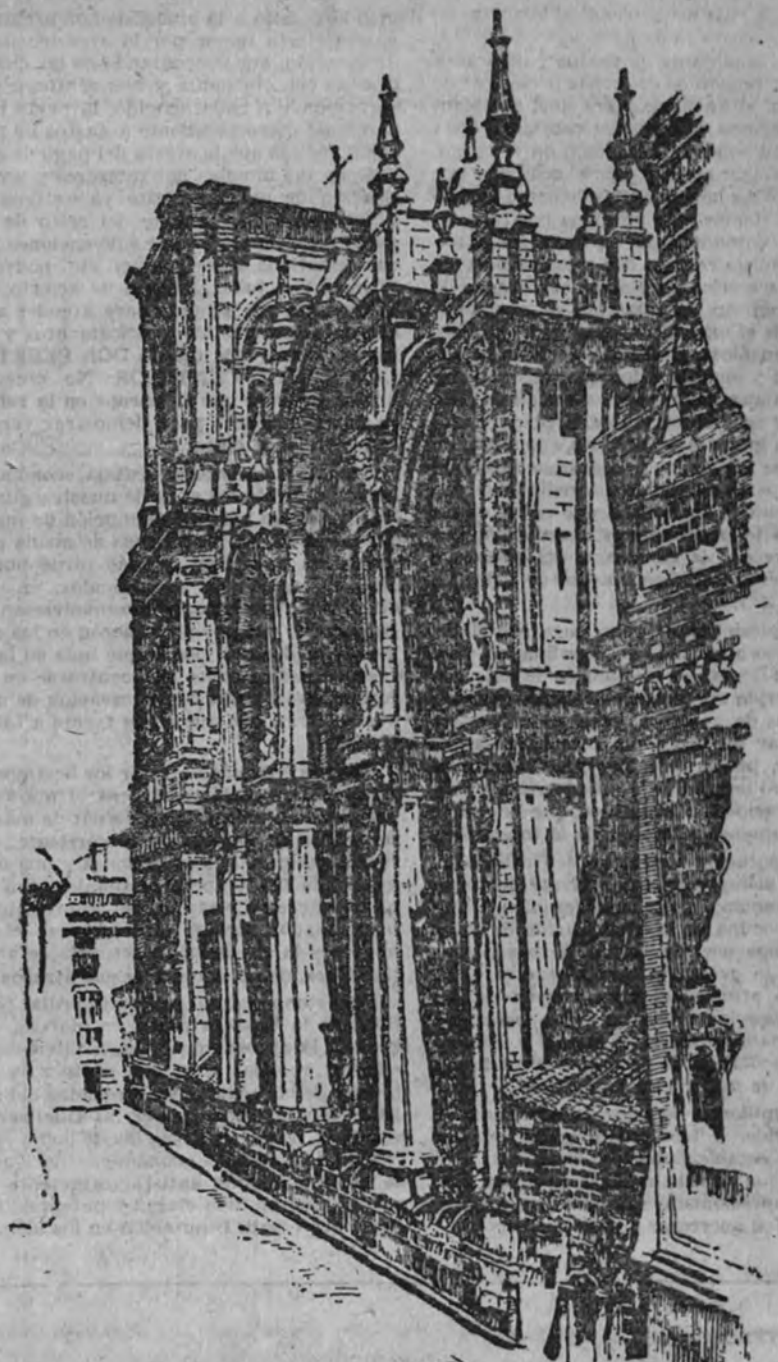
UNA propaganda turística ha hecho de la Alhambra síntesis y símbolo de Granada. Granada ha sido para el turista botón oriental de muestra en una España que tantas perspectivas ofrece. Pero, Granada es, junto a la Alhambra y las calles estrechas, piedra, agua y caserones. Para llegar al Albaicín—barrio de aire morisco—hay que recorrer un vía cruce de conventos. En el Albaicín está el «recodo»; en el convento el «torno». Y la subida se inicia con un río por compañero.

Para Castilla parda quedó la tierra. ¿Qué es la meseta, sino tierra retenida? Porque Castilla es retención, y desbordamiento, por tanto. Para el Norte, sereno y racional, queda el verde de la hiedra que come arquitecturas, y del césped que tapiza estrados de Sierras y de valles. Para Andalucía quedaron muchas cosas. Para Andalucía—que no es serena, que no es racional—quedan la nieve y la tierra, el verde y el azul. Y para Granada se vino también el agua. Granada es la ciudad del agua en movimiento: occidental, por tanto.

Oriente tiene la quietud sin vida de su mar Muerto. Pero Occidente vive con un Océano Atlántico lleno de interrogaciones y vaivenes. Y así es el agua de Granada. Oriente hace romper el agua sobre una superficie y la deja resbalar sobre estanques quietos; en la quietud del estanque se refleja la geometría de la torre y del palacio. Occidente, no. Occidente hace romper el agua sobre el

agua y la hace sonar, prefiriendo la fuente al estanque y el pilar al surtidor, monótono y exacto. Junto al agua, al pie del Avellano, Ganivet y sus compañeros de «la Cofradía» hablaban y leían: es que el «agua» es el elemento vital de Granada. Los granadinos, como los jonios de hace siglos, acudían al agua para resolver lo que el cristiano ha resuelto desde que habló de creación.

Pero Granada tiene más aún de Occidente. La piedra en arquitectura es occidental, y occidental es la columna. El patio de Carlos V es un círculo abierto al cielo y todo flanqueado de columnas. La capilla Real recogida, clara, marcadamente de una época, tiene de Occidente ese sentido acogedor de las tumbas reales. No es la pirámide gigantesca y rígida, muerta, como muertos los cuerpos de los faraones que guarda. Es la capilla pequeña, donde no hay manjares ni objetos de tocador para unos cuerpos que ya no necesitarán de alimentos ni afeites. Hay un retablo, un altar, un sagrario y un túmulo con un círculo ardiendo: sentido más occidental de sepultura no puede crearse. La Cartuja está retorcida en contrastes. Here, y la luz de su sacristía es aún más intensa que la del Patio de los Leones. Y también es occidental. Como occidental es San Jerónimo, piedra a secas, con los huesos de Gonzalo Fernández de Córdoba olvidados en su enterramiento. Occidental es tanto ceserón y tanto convento, tanta iglesia con atrio y tanto balcón volado. Occidentales—¿por qué no?—los campanarios moriscos, con recuerdos claros de los viejos minaretes.



La Catedral

Porque aquí todo se hizo uno. Vino Oriente a dar fuerza a Occidente. No pudo vencer, porque el sueño cede ante la acción viva de los sueños reales. Vino Oriente y llegó hasta donde la lluvia lo dejó llegar; pero, aún aquí, en que el sol quema y el azul domina, Oriente reembarcó porque le sobraban poetas lirios; escuchar la saeta quebrada ante los Cristos traspassados de amor... Oriente puso tristeza en los ojos de los granadinos y un poco de pereza en sus movimientos. Pero fué Occidente quien dió a Granada su estilo. Y el estilo de Granada, sin contornos fijos, impreciso—oriental en esto—está por bajo de la Alhambra. El Patio de los Leones es una muestra de arte arábigo muerto sobre el paisaje. Pero la ciudad con sus historias y leyendas, sus escudos y pasiones, sus cármenes y sus iglesias es piedra, agua y caserones. Y esto marca el sello occidental de esta ciudad que fué mora hasta el último día de la Reconquista.

Todo se fundió en Granada. En ella se amasó, más pura que en ninguna parte, la raza española. Porque, ¿qué pureza es la nuestra, sino la que da esa mezcla de españoles y romanos, y godos y árabes, y judíos...? Lengua y Fe unieron a nuestras gentes: una «expresión» y una «creencia». Y, por ello, la raza española vivió siempre en todo «arabismo» la más grande prueba de incapacidad.

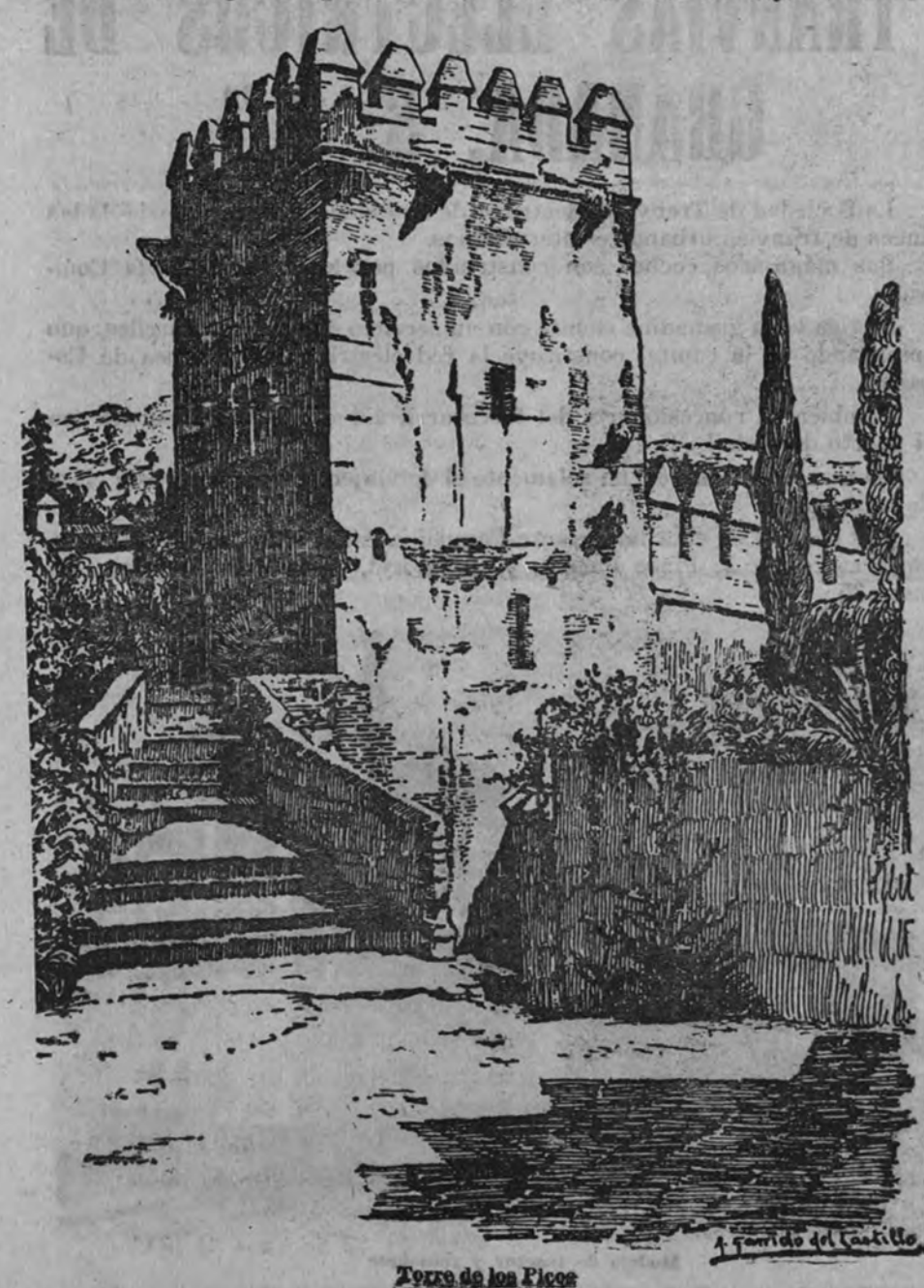
Hacer hoy la rehabilitación de la occidentalidad de Granada, a costa de lo que tiene de oriental, sería caer del otro extremo de esa falsa interpretación de Granada en postal y en acuarela. Pero hay que ir a las piedras doradas de sol; bajar de la Alhambra y sentir a Occidente entre las aguas y cara a la torre de los epicachos; ir al Avella-

no; meditar en las tumbas de los reyes; pasear las calles estrechas y andar las calles anchas; tener sentido de la «vereda» y del «urbanismo» y no hacerlos reñir; entrar en el portalón de los conventos (los portales de la sopa boba); hablar por el «torno» y por la «cecelosía»; vivir la grandeza eucarística del Corpus; escuchar la saeta quebrada ante los Cristos traspassados de amor...

Oriente puso tristeza en los ojos de los granadinos y un poco de pereza en sus movimientos. Pero fué Occidente quien dió a Granada su estilo. Y el estilo de Granada, sin contornos fijos, impreciso—oriental en esto—está por bajo de la Alhambra. El Patio de los Leones es una muestra de arte arábigo muerto sobre el paisaje. Pero la ciudad con sus historias y leyendas, sus escudos y pasiones, sus cármenes y sus iglesias es piedra, agua y caserones. Y esto marca el sello occidental de esta ciudad que fué mora hasta el último día de la Reconquista.

Cuando Oriente aprieta por el Este, es consolador respirar a Occidente, aún donde muchos respiraron lo oriental.

Al sur de España, Granada es la ciudad del Espíritu. Y en Granada, cuajada de nombres árabes se respira Occidente. Porque, a pesar del Zacatín y de la Alcaicería y de las Alhóndigas, «Granada es Occidente».



Torre de los Fieles

Arco del Castille

Labor de Auxilio Social en Granada

Los Hogares "Bermúdez de Castro" y "José Antonio", los mejores de España

AUXILIO SOCIAL - JUSTICIA SOCIAL

Por el P. ENRIQUE VAZQUEZ

TIENE la nueva España, la gloriosa España del histórico 18 de julio, la de aquella fecha memorable en la que merced al esfuerzo y arrojo de un español, el mejor de todos y secundado por todos los que ostentaban el noble y honroso título de buenos españoles, timbre de gloria—testigo la historia—la hicimos salir de aquel marasmo espiritual en que se encontraba, de aquel estado comatoso que la tenía al borde de una muerte definitiva, para recobrar una vitalidad pujante, viril, su vitalidad de siempre, pero despojada de las máculas de cuerpo viejo y adornada de las dotes de cuerpo joven y nuevo, que no otra cosa fué sino resurgido nacimiento, nuestra gloriosa gesta. Tiene, digo, esta nueva España rasgos característicos, notas individualidades que le dan una acusada personalidad, recia, vigorosa, definitiva. España ha demostrado y demuestra felizmente al mundo lo que es, lo que quiere y lo que puede. Porque si bien es verdad que durante nuestra gloriosa guerra quedaron de una vez para siempre demostrados la heroicidad y el espíritu de sacrificio españoles, ha sabido también demostrar después su capacidad constructiva, voluntad de orden, eficacia en la organización. Y es precisamente Auxilio Social uno de estos rasgos característicos, revelación de que si queremos podemos encuadrarnos metódicamente dentro de un engranaje, dejando de ser "masa" y haciendo que nuestro tan cacareado individualismo español se manifieste en entusiasmo y empuje personal dentro de una colectividad alegre y voluntariamente disciplinada.

La mejor propaganda de nuestra España en terreno constructivo es hoy Auxilio Social. Y la mejor propaganda de Auxilio Social, lo que más admira a cuantos lo visitan, es el amor y la ternura que lleva la Obra en sí. Porque en todos los países del mundo—me refiero a la beneficencia estatal—se ha dado de comer al hambriento, se ha asistido al huérfano y se ha asistido al desvalido, pero en ninguna parte se lleva a cabo con esta espiritualidad, con este cariño nuestro. El que el niño no sea para nosotros nunca un

número, el que al refugiado se le atienda con interés familiar, el que se reciba a todos, sin distinción de colores, los que a nosotros acuden con afabilidad sonriente, preocupándonos de resolver sus problemas como si se tratase de algo propio, eso es lo que diferencia nuestra Obra de las obras grises, frías y burocráticamente reglamentadas que España padecía en otras épocas y que siguen funcionando en muchos países. La mejor propaganda de esta Obra es, pues, ella misma: su espíritu, que se manifiesta en un estilo incomparable. Concretándonos a nuestra sin par Granada, en la que dicha Obra cuenta con la simpatía de todos los granadinos y en donde existe un hombre español cien por cien que la dedica todos sus desvelos y atenciones, fijad vuestra atención, no sólo en los comedores infantiles y cocinas de Hermandad con sus nueve mil asis-

tentes diarios, sino también, y principalmente en sus Hogares "Bermúdez de Castro" y "José Antonio", que poco ha inauguró el Caudillo; con sus magníficos emplazamientos, el primero en la Cuesta del Chapiz, para 165 niños tracomatosos, y el segundo en el corazón de la Alhambra, para 230 niñas huérfanas de la revolución y de la guerra; Hogares modelo en su género, ya que voces tan autorizadas como la de Pilar en su última visita, y luego la de nuestra Secretaria Nacional, Carmen de Icaza en los días que con nosotros convivió con motivo de la inauguración, nos decían: "Tenéis los mejores Hogares de España". En estos Hogares se hace Patria, ya que no debemos pensar más que todos somos españoles. Estos Hogares tienen también el estilo que ha logrado plasmar Auxilio Social, al que se ha podido llamar: ágil, por la liberalidad de movi-

mientos con que se desenvuelve y por su capacidad para la improvisación creadora. Rápido, por el ritmo impaciente; inquieto, ganoso de superaciones que le ha hecho armonizar las más audaces teorías con las más urgentes realizaciones; pero siempre dentro de las normas de la justicia social, que es la más noble entre todas las virtudes morales, en tanto, en cuanto el bien común excede en dignidad al bien particular, según definición de Santo Tomás.

Sabemos que con la justicia social vendrá Dios a los pueblos, y por eso Auxilio Social la ha tomado como norte y guía de sus inquietudes, inspirándose en las encíclicas de los Pontífices León XIII y Pío XI: "Rerum Novarum" y "Cuadragésimo Anno". La limitación de espacio me impide hacer exposición detallada, y citar fragmentariamente es peligroso, ya que puede mutilarse el pensamiento total del autor. Pero teniendo en cuenta que la esencia de la "Cuadragésimo Anno", es la justicia social con la caridad social, es decir, la justicia social ejercitada con solicitud, con amor y con cariño a los semejantes, con ternura y mimo de manos femeninas, con agrado y simpatía, con el pensamiento puesto en que los socorridos son hijos de Dios. Este es justamente el ideal alegre y difícil de Auxilio Social y lo que ha dado a la Obra el estilo amplio y generoso que la caracteriza, y que con verdadero afán hemos de mantener.

La cuesta es empinada; sólo los valientes podrán remontarla. La jornada será dura y penosa. Quizá tarde. España en ver el sol de justicia resplandeciendo en su meridiano. Pero la vanguardia de la justicia social, que es Auxilio Social, sabrá dar siempre la cara sin desfallecer a ese Sol que está amaneciendo en España.

Y cuando alguno trate de envolverlo en las nieblas viscosas de la incompreensión, decididles que el otro Sol, el reflejo y vicario de Cristo en la tierra, un día desde el Vaticano bendijo con predilección paterna ese Auxilio Social al que todos venimos consagrando nuestros mejores entusiasmos.

Granada, 19 de junio de 1943.



Memorable naufragio de un erudito en Granada

Por LUIS PONCE DE LEÓN

Muchas madrugadas atrás me acordaba insensiblemente unos versos que comenzaban así:

"Me tienes, ciudad, me tienes enamorado en secreto. Vergüenza me da decirlo, más por las noches..." etc.

Decías luego que

"...pensando en mi Castilla, me parece un adulterio este tocar con mis ojos y velar con mi desvelo..." etc., etc.

Y concluías:

"Me tienes, ciudad, me tienes enamorado en secreto. Vergüenza me da decirlo y ¡dónde padecerlo!"

¡Pues una vez que da una vuelta a su silencio sentir! Un esclarecido hijo de esta tierra, Delegado Nacional de Prensa para más puntualizar, me dijo que aquellos versos eran rimadamente malos. Comprendí que ahora, puesto en el apuro de transcribir sobre Granada, este mortal se calló, extralga de su colección de cartas una que firma el erudito Verrocchio y es la muestra. Dice así:

Mi querido amigo: Cada vez que vuelvo a mirar los libros de mi equipaje, y los cuadernos todavía en blanco, y mi pluma con sus puntas abiertas y dobladas como garfios de grúa, completamente inerte, sufren un nuevo paroxismo mi indignación contra usted. Llevo un mes en Granada, la tercera parte de lo calculado para mi estancia aquí, y tengo una ardiente curiosidad por saber lo que será de mí al cabo de estos tres meses, porque le aseguro que ya mi previsión se limita a esperar lo imprevisible.

Sepa usted que intentando escribir en el tron, la pluma se me rompió durante el viaje. Mi primer cuidado al hallarme en esta ciudad fué el de renovarla, y para ello entré en una tienda de objetos de escritorio que hay en la Gran Vía, cerca ya de la calle de Reyes Católicos. Me alegré que la visite si viene usted por aquí, y le prometí que no haré un mal negocio, aunque tampoco lo haré bueno, por lo que va usted a ver. Es un establecimiento con feñinas cara color chocolate, que soporta unas letras de color de estaño más feas aún. Pues bien, entré allí y solicité del vendedor una pluma estilográfica. Me mostró varias, escogí una:

—¿Cree usted—le pregunté—que ésta me dará resultado?

—Oh, no señor!—me dijo—. Es una pluma muy falsa, que se le oxidará en cuanto se descuide.

Agradecido a un comerciante tan escrupuloso y sincero, puse en él mi confianza.

—Mire usted—le expuse—; soy un hombre muy poco experto en estas cosas. ¿Quiere usted decirme, como técnico, cuál es en su honrada opinión la mejor de estas estilográficas?

Examinó todas las que había sacado, y por fin me presentó una:

—Esta.

—¿Tal vez el punto es de oro?

—¡Qué! Aquí tiene hasta marcados los quilates, pero se trata de una mala mixtificación.

—Ya. Entonces, ¿esta pluma no es buena?

—No, señor; detestable. Pero es la mejor de todas éstas.

Un poco extrañado y dispuesto a marcharme, le dije:

—Pues si no tiene usted nada mejor...

—¡Ya lo creo que tengo! Vea usted éstas otras—replicó, mostrándome un nuevo surtido—. Estas son de mejor calidad, son las mejores de que dispongo.

—Y dentro de éstas—dije después de examinarlas—¿cuál me recomendaría usted que me llevase?

—Señor—fué su asombrosa respuesta—, a decir verdad, ninguna. Son unas estilográficas que valen muy poco y que cuestan un dineral. Sería una torpeza y un despilfarro que las comprase usted.

—¿Pero si necesito una estilográfica!

—Pues en mi humilde opinión debe esperarse. Yo creo que llegarán plumas que sean mejores o, por lo menos, no tan caras. Estas estilográficas son un robo.

Si todo esto fuere una invención, amigo mío, sería una invención pobre. Más para realidad, comprenda que es desconcertante.

Pues le diré a usted que, saliendo de allí, en la esquina de una calle que llaman de Almireceros, me abordó una chiquilla como de ocho años para pedirme una timbana que necesitaba para comprarse un poco de pan. Era una bella criatura con el pelo rubio, luminoso y salvaje, igual que el de una joven amazona. Mientras buscaba en mis bolsillos, le pregunté con curiosidad de etnólogo:

me han enseñado también una especie de jaula de monos donde encerraban a una Juana la Loca cuando se exacerbaba su dolencia de amor. Cierta que he visto en un monumento a mi venerado perezoso Cristóbal Colón, con las más horrendas pantofrillas de bronce que ya le habia podido atribuir. Cierta que está el sepulcro de Gonzalo de Córdoba en un templo, cuyo techo se ve adornado de indígenas tan disparados como Judith y la pagana, aunque paucísima Penélope. Pero no es menos cierto, y se lo aseguro bajo palabra de honor, que un catedrático de la Universidad me contó formalmente no hace mucho que cuarenta Fortalezas Volantes habían sobrevolado Granada la noche anterior, dejando caer cohetes, entre el clamoreo de los cañones antiaéreos que no fueron bastantes a interrumpir mi sueño sin cantele. Cuando le manifesté mi sorpresa de no haberme despertado, me dijo:

—No me extraña, porque nuestros cañones tienen silenciador para no molestar a la población civil.

Vea usted que hasta la guerra misma tiene aquí las dimensiones de una broma, y que el hecho de volar las fuerzas aéreas

En un grabado del "Libro de grandezas y cosas memorables de España", de Pedro de Medina, que representa Granada en el quinientos, se ve una ciudad comprimida por cinco de murallas, con una sola plaza en el centro, por debajo de la cual pasa el Darro. En la plaza hay una docena de figuras humanas, tamañas como los edificios que las rodean. Pero estas figuras son exactamente iguales que las que pueden verse en Altamira o en cualquier roca pintada del tiempo que llamamos prehistórico. Son como dos triángulos, juntos por un vértice que marca la cintura. Del triángulo superior salen los brazos y del inferior las piernas. Tan sencilla figura ha unos gestos desmembrados, expresivos. Pienso que este grabado es el símbolo de lo que Granada piensa de la Historia: seguimos siendo hombres prehistóricos, hombres de Cro-Magnon, que viajan en "sleeping", oyen la radio y van al cine. El hombre perdura siempre igual a sí mismo, y pensar que las generaciones y los acontecimientos son piedras millares de una cierta evolución es un pensar absurdo que ni vale la pena.

Si yo siguiera siendo el historiador de antes, me gustaría elaborar la historia de la idea "progreso", nusa del siglo XIX y de gran parte del XX. Creo que esta idea, en parte alguna ha medrado menos que en Granada. Hace poco esperé escucharla y no la escuché ninguna vez, en una conferencia del alcalde de la ciudad—el mejor alcalde que podría esperar Granada—, destinada a explicarnos cómo está recaudando y gastando algunos millones de pesetas para hacer de Granada la "gran ciudad para el espíritu" que Granada está destinada a ser. Vengo de Europa, no lo olvide, y esto me sonó casi tan desconcertante como lo del vendedor de plumas.

Muchas veces me pregunto si no tendrá razón el embustero andaluz de los chistes, perpetuamente borracho de su "cocktail" de imaginación y realidad—"Dichtung und Wahrheit"—, creyendo lo que sueña y no creyendo demasiado lo que ve, indiferente a los grandes sucesos y dado a la murmuración, a los pequeños sucesos vecinales, bienhallado con vender o no vender sus plumas estilográficas, contento con sus sollozantes tramvías, ameno de sus pordiosos que se tienen el pelo.

¡Ay, amigo mío! A todo lo que le he dicho junto usted cómo desde el Cubo de la Alhambra se ve, al otro lado del río, allá abajo, el Albaicín; cómo desde arriba pueden los ojos penetrar en patios de convento, en cármenes, prostíbulos, templos, escuelas, huertas; cómo desde allí se oye el ladrido de los perros, la disputa de los crios y el suspiro de la monja más escondida. Añada cómo suena la guitarra a altas horas de la noche en el casino del Monte o en el del Avellano; guitarra que no se sabe dónde suena ni qué dedos la pulsán. Summe cómo baila Lola Medina en su cueva. Cómo a pleno sol, o a plena luna, o en plena tiniebla de noche sin luna, de la Torre de la Vela se siente bajar el pregón que ha de pregonar la trompeta del Ángel en el alba del día del Juicio: "Non est tempus". Y verá con cuánta razón este erudito profesor de Historia, a quien Granada ha hecho olvidar tanto la Historia como su historia, puede aducirse en testimonio de las "causillas" de Eugenio d'Orá:

"¿Cuán peligroso experimento para mí, acercarme a Granada! El creyente imperterritito en la unidad de la Cultura, alcanzará a superar la íntima sacudida del contacto, tal vez del hecho, que han de traerle con su presencia estas realidades de Europa, que, al marcar el límite extremo de Europa, significan para la sensibilidad del europeo la prueba suprema..."



Granada, según el libro de grandezas y cosas memorables de España, de Pedro de Medina - 1519

—En tu familia, ¿son todos igual de rubios?

—¿Qué, no señor! Yo es que me lo tiño con agua oxigenada.

Tomo un tranvía. Poco después, el tranvía se detiene, porque un viajero ha dicho al conductor:

—Aguarda un instante, Frascuito, que voy a llegar a aquel estanco a recoger un paquete.

El viajero salta, entra, sale, vuelve. Y propone amistosamente al que cobra:

—¿"Amunos", Maolillo?

—¡Fracquito!, "amunos"! —corroboraba, gritando, el cobrador—. Y el vehículo se pone en marcha.

Usted, querido amigo, me había dicho que Granada era la ciudad ideal para las laboriosas vacaciones de un historiador. Que aquí, San Cecilio; que aquí, el Conclito de Illiberis; que aquí, el Islam; que aquí, los Reyes Católicos, y el almirante, y Carlos el César, y Andrea Navagiero, y la invasión francesa, y los cantonales, y la emperatriz de los franceses, y la masonería, y Fernando de los Ríos. Me había dicho usted que nada de la historia española había transcurrido sin poner aquí su huella y su testamento. Pues bien; o estaba usted ligeramente mal informado de lo que la palabra Historia significa, o sus palabras eran de una ironía acabada. Es cierto que he visto en la Alhambra el "Cuarto de las Frutas", donde me juran que Carlos V engendrará a Felipe II. Es cierto que allí

norteamericanas sobre la ciudad sin que nadie se entere, a excepción de un catedrático desvalido, y sin que nada suceda luego, se considera tan verosímil como importantes.

Contra sus informes, Granada es la ciudad menos histórica que me ha sido dado visitar. En nuestra Roma no hay una sola iglesia gótica, porque, histórica ciudad sigue de pie, volando siempre por el espíritu romano, presta a combatir y mantener sus banderas. Nuestra Florencia es el Renacimiento, y allí no hay romanticismo, no hay modernismo, no hay nada infiel a su espíritu de ciudad histórica. La Avila de ustedes sigue siendo recatada y ascética: ciudad de historia, mantiene su postura en la Historia. Pero Granada ni tiene una postura ni tomó partido en la Historia. Parece estar sobre ella: baraja sus moros y cristianos, su Aben Humeya y su Eugenia de Montijo, su Ángel Ganhel y su fray Luis, su sensualidad y su devoción, su cante jondo y su Corpus, con una falta de respeto que escandalizó en un principio mi pudor profesional. Yo siento desfilacer mi razón. No he tomado nota alguna, porque aguardo que mi mercader me avise la llegada de la estilográfica de promisión, y llevo un mes aguardando yo, que jamás aguardé cinco minutos. Ahora me pregunto si no estará Granada en lo cierto, si el acontecer de los hombres y el sucederse de los siglos no serán una tremenda banalidad, siempre repetida.



Su Excelencia el Jefe del Estado procede a cortar la cinta, inaugurando con ello la nueva calle, denominada de Angel Ganivet, arteria principal de la proyectada reforma urbana de «La Manigua»

En junio de 1938 fué designado el actual Ayuntamiento de Granada que sucedió a otro merilísimo, que tuvo que afrontar la dureza de los días primeros de la guerra y vencer las dificultades que ofrecía operar en un organismo que sus antecesores habían dejado inservible para toda acción eficaz. El crédito municipal, ejemplarmente sostenido durante la Dictadura, estaba deshecho por el desenfreno de la etapa republicana-marxista, de tal manera que la herencia recibida por aquel Ayuntamiento y, en consecuencia, por éste, fué una herencia de deudas y de descrédito, y con sólo una existencia en caja que no llegaba a las 2.000 pesetas se hizo cargo de la Administración. Un problema tan esencial para la vida de la ciudad como el de alcantarillado y aguas potables, afrontado y encauzado también por la Dictadura, estaba paralizado y pendiente de graves cuestiones que resolver. Atendió, por tanto, el Ayuntamiento al restablecimiento de aquel crédito perdido, no obstante lo mezquino de su presupuesto y lo importante de la deuda flotante y de la financiera, y en pocos meses quedó reducido considerablemente el volumen de la deuda, crecieron las recaudaciones, se normalizaron los

pagos y el horizonte municipal comenzó a despejarse, llevándose a efecto en el 1939 con el Banco de Crédito Local de España una operación, mediante la cual quedó unificada toda la deuda financiera y sus tipos de interés y concertado el pago de la flotante, ampliándose el crédito hasta diez millones de pesetas en el año 1940.

Ello permitió que quedara abierto el camino a la reforma que Granada exigía, y que en el plazo de un año pudieran emprenderse obras en gran escala que no sufrieron ya interrupción, gracias a que la situación económica fué mejorando a partir de entonces notablemente, como lo comprueba que en 1937 se recaudaron 5.226.184,76 pesetas; recaudación que en 1942 se eleva a 10.571.531,51 pesetas.

De todo lo que en un principio se planeó, sólo está pendiente de resolver el problema del Matadero; lo demás, realizado o realizándose está.

Revisado el proyecto de abastecimiento de aguas potables de la ciudad, la nueva contrata trabaja en su realización, y quedará ultimado en el plazo aproximado de año y medio, así como la estación depuradora.

Totalmente resuelto se encuentra, y próximas a comenzar las nuevas edificaciones; el problema de la «Manigua», y urbanizadas están ya, y a falta sólo

de detalles ornamentales las zonas de Puerta Real y Embovedado, habiéndose verificado recientemente la apertura de la nueva calle que pone en comunicación directa el Campillo y la Puerta Real. Esto, por lo que se refiere a las obras de mayor esfuerzo, ya que, respecto a otras, han sido más de cuarenta las calles que, ultimado el saneamiento del subsuelo se han pavimentado nuevamente, y más de veinte las que se pavimentan o preparan con este fin.

Se han reformado casi todos los mercados, establecido mejoras en los servicios médicos, restaurados monumentos tan importantes como el del ex Convento de Santo Domingo y el antiguo Ayuntamiento, y contribuido a las que se realizan en el Palacio de Carlos V, futuro museo y residencia del Jefe de Estado; se atiende en sus diversos aspectos—Ficha Azul, Frente de Juventudes, Campamentos, Becas de estudios, etcétera—, a la obra política de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., habiendo cedido a Auxilio Social el Orfanato de la Cuesta de la Victoria, el Comedor del Albaicín y dos solares para la construcción de nuevos comedores; se ha ampliado la acción de los Orfanatos municipales que hoy albergan unos 500 niños, y se ha atendido a mejorar los sueldos y jornales de funcionarios y obreros municipales en

Las grandes reformas de Granada

Cinco años de labor de un Ayuntamiento ejemplar



En el Embovedado y Puerta Real terminan los trabajos de la nueva pavimentación, que ha hermosado aquellos lugares, haciendo desaparecer la curva que existía en el pavimento entre la acera del Casino, que aparece a la izquierda de la fotografía, y la acera del Darro

dos presupuestos sucesivos, y establecido premios de nupcialidad y natalidad para los mismos, iniciándose la construcción de viviendas protegidas de las que estos funcionarios serán beneficiarios, emprendiéndose al propio tiempo la reorganización de todos los servicios que en el presente año quedarán nuevamente reglamentados, esperándose para mejorar los de incendios y limpieza a que las circunstancias permitan dotarlos del necesario material para la carencia de los elementos mecanizados indispensables.

Este es el resumen de lo realizado hasta el día por el Ayuntamiento de Granada, entre lo que destaca por su importancia el plan de alineaciones y ordenación urbana, aprobado el día 30 de diciembre pasado.

Después de haber sido abonadas todas las obligaciones corrientes, el presente año se abrió con una liquidación del presupuesto de 1942, que arrojó un superávit de más de un millón de pesetas. El actual es de 12.276.209,94 pesetas, y de su experiencia nacerá el próximo, que podrá considerarse como el definitivo de Granada, pudiendo decirse que el trance de la reorganización y saneamiento de la Hacienda municipal está vencido.

Lo hecho hasta ahora no es más que el preludio de

la transformación de Granada. Pasado éste, de lo que se trata es de rehacer, de reconstruir y de conservar, teniendo en cuenta lo que Granada es, lo que debe ser y lo que significa universalmente, ya que cargada de bellezas y de historia y abierta a un paisaje incomparable y en el que la Sierra y el llano se entrecruzan formando un extraño arabesco, Granada tiene una situación sin par en el mundo.

Granada ha crecido periféricamente por propio impulso; sus zonas industriales han ido quedando encerradas en el centro urbano, así como sus mercados, que en la actualidad ocupan el lugar mismo que en el siglo XVI; sus conducciones de aguas han sido hasta ahora las mismas de los árabes, y sus alcantarillas vertían al río o a las acequias. De aquí la necesidad de la reforma de Granada; de aquí, lo imprescindible del saneamiento de la «Manigua», zona que era indispensable e inaplazable transformar, no sólo por aquella razón, sino por constituir, además, una vergüenza el hecho de seguir teniendo las manecías públicas en pleno centro, en el mismo lugar que ocupaban en el siglo XVI.

En el proyecto de reforma se ha pensado en unos 250.000 habitantes, o sea en 100.000 más de los que hoy tiene Granada, y con vistas a él se ha pensa-



Después de las demoliciones llevadas a cabo en la zona denominada «La Manigua» se abre una nueva calle, que une Puerta Real con la plaza del Campillo. He aquí un aspecto de la nueva calle antes de su pavimentación

do en las prolongaciones del paseo del Salón y calles de Recogidas, Tablas, Gran Capitán y Fuente Nueva, como la ya abierta y terminada de Pagés, en el Albaicín, que ha enlazado este barrio con la carretera de Murcia, permitiendo la travesía de él de una vertiente a otra del cerro en que se asienta; la nueva calle de la «Manigua», comunicando directamente el centro de la ciudad con el barrio del Realejo, a través de la parte reformada en Santo Domingo en 1940; la calle que se abrirá en Cuchilleros para el enlace directo con la de Elvira y el rompimiento de la Gran Vía frente a Correos que unirá con las de San Matías y Pavaneras, para liberar de estrangulaciones de circulación el centro de la ciudad, facilitando las comunicaciones de toda ella con sus puntos vitales, sin alterar lo esencial de su trazado y destruir rincones ni edificios dignos de ser respetados. La prolongación de la calle de los Reyes hasta la Cuesta del Chapiz dará a este sector del Albaicín y Sacro Monte salida directa al centro de la ciudad.

Respecto al Albaicín y Realejo, que forman dos considerables núcleos urbanos, su trazado y carácter se respetarán íntegra e inextinguiblemente.

Está incluido también en el proyecto la construcción de un gran parque, jun-

to a la estación del ferrocarril y camino de Ronda, que constituirá por su extensión y situación uno de los mayores atractivos de la nueva Granada, y que será el gran parque de invierno, ya que el Ayuntamiento, de acuerdo con el Patronato de la Alhambra, proyecta también la ampliación del parque de ésta—parque ideal de verano, sin igual en el mundo—, desde la Cuesta de Gómezz al pie de la Alcazaba, hasta el Puente del Cadi, en la Carrera de Darro, en una zona de bosque casi desconocida para la mayoría de los granadinos.

Ligado a todo esto figura la reforma del barrio de San Lázaro, que terminará de estudiarse este año, unida también a la urbanización de los terrenos de la vieja plaza de Toros del Triunfo, que en este mismo año será también acometida, junto con la de la zona universitaria.

El Ayuntamiento ha cedido, asimismo, los solares necesarios para la construcción de nuevas casas de Correos y Telecomunicación y Delegación de Hacienda, y estudia el acondicionamiento de las Escuelas públicas, mediante la construcción de nuevos Grupos Escolares y la reforma de los mercados, en parte realizada, y la construcción de un nuevo Matadero.

Existe también el propósito de esta-

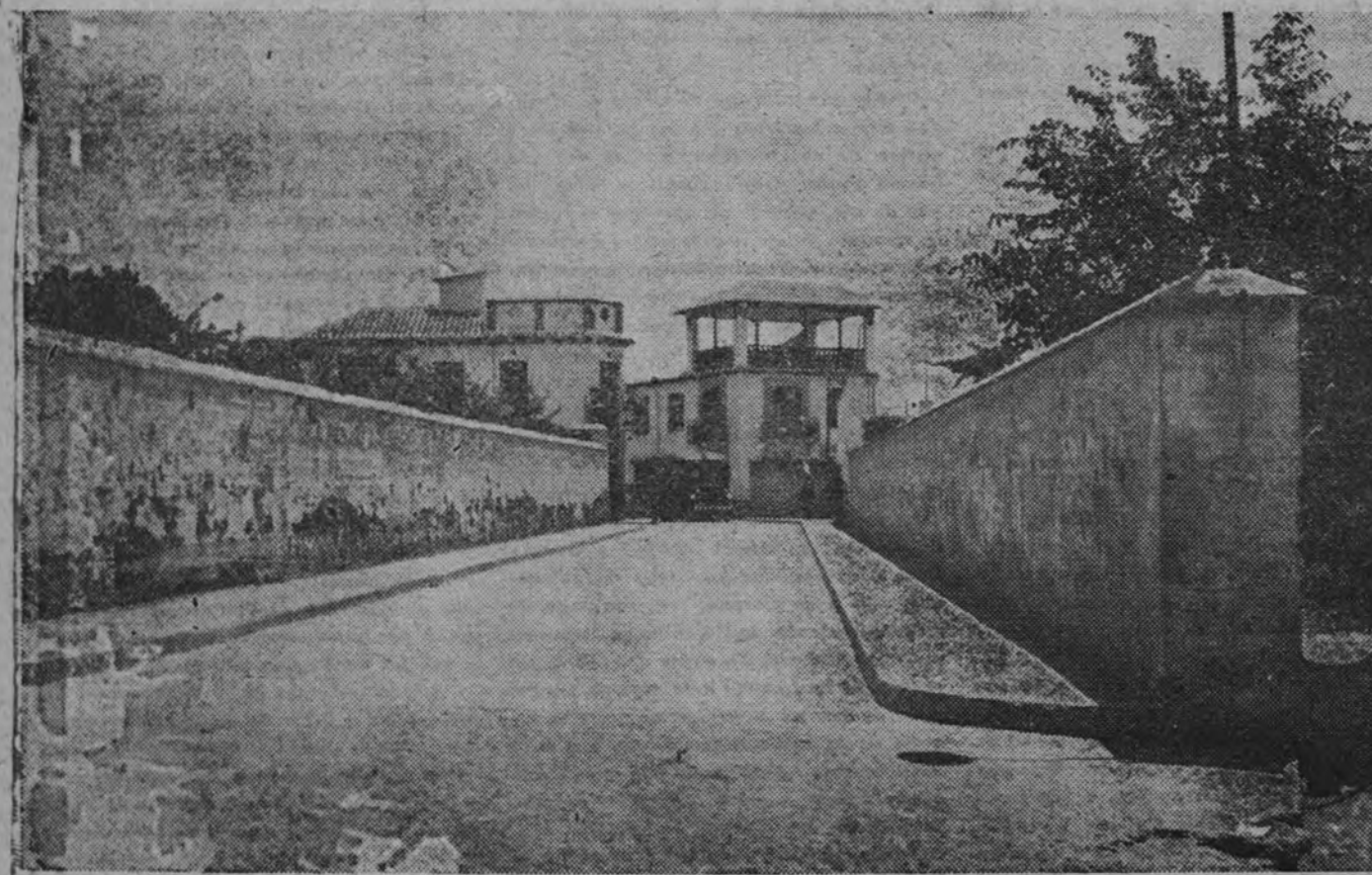
blecer mercados de flores y artesanía en la Alcaicería y en el Corral del Carbón, y transformadas ya las zonas de Santo Domingo, plazas de Santa Ana y de los Tiros, está en vías de acometerse la de los sectores que comprenden la Catedral, el Sagrario y la Capilla Real, para dar a estos monumentos la consideración que les es debida como santuarios primeros de la ciudad y como sepulcro de los primeros Reyes españoles.

Finalmente, las obras de abastecimiento de aguas potables y alcantarillado vendrán a borrar la vergüenza que constituía para Granada, que hasta en las guías de turismo se señalara esa falta y que aun viviéramos, usando las aguas y las conducciones que la ciudad tenía en el siglo XIV. Estas obras han sido colocadas en un plano de preferencia a las restantes, y estarán terminadas en un plazo no mayor de año y medio.

Esta es a grandes rasgos la labor realizada y la por realizar por el actual Ayuntamiento de Granada, presidido por D. Antonio Gallego y Burín que quiere hacer comprender a todos que su interés y su valor supremos residen en mantener limpia y clara su espléndida siueta de Ciudad de Arte, que tiene como tal un valor de universalidad no comparable a ningún otro.



Obras de pavimentación en la calle de los Reyes Católicos y Puerta Real de asfalto, después del tendido de las nuevas líneas tranviarias



pectiva que ofrece la nueva calle de Pagés, en el Albaicín, que permitirá poner en comunicación este populoso barrio con el centro de la ciudad